

# CATADOR DE VIDA

---

Inspiraciones de lo cotidiano

JULIO DECARO



Diseño: Paolo Terzano  
Corrección: Ana Gómez

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, transmisión o archivo en sistemas recuperables, sea para uso privado o público, por medios mecánicos, electrónicos, electrostáticos, magnéticos, fotocopiadoras, grabaciones o cualquier otro, total o parcialmente, del presente ejemplar, con finalidad de lucro, sin expresa autorización del autor.

Se terminó de imprimir en el mes de Mayo de 2014 en los talleres gráficos Glenur S.A.

Monte Caseros 2785

Tel. 2486 1158

Montevideo - Uruguay

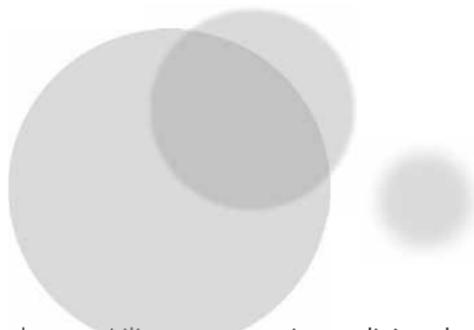
Depósito Legal: 363711/14

Comisión del Papel

Edición amparada al Decreto 218/996

ISBN: 978-9974-99-398-3

# Agradecimientos



Agradezco a Lilian su apoyo incondicional no solo a mi inquietud por la escritura, sino especialmente a los cambios que se han operado en mi vida debido a mi interés en los temas que son base de este libro. Agradezco además, sus sabios consejos que pusieron ecuanimidad y moderación a mi tendencia a los excesos, y por el cuidado de la sensibilidad de los eventuales lectores.

Agradezco a Ana Gómez por su minuciosa revisión de los textos, por su lucha perseverante contra mi tendencia excesiva al uso de las comas, así como por sus sugerencias, que fueron más allá de su tarea de correctora.

Finalmente, agradezco a Paolo Terzano, que como siempre logra transformar con elegancia un material árido de papel impreso en un libro de amigable lectura y en un regalo para la vista, desde la tapa a la contratapa.



# Dedicatoria

A mis continuaciones,  
en todas sus edades,  
formas, tamaños y colores.

# Prólogo

Todos los relatos de este libro, desde los que tienen un par de líneas hasta los que tienen algunas páginas de extensión, contienen un aprendizaje psicológico, filosófico o espiritual singular. Sin embargo, ese aprendizaje es personal.

Se trata en general de un *dar me cuenta* ocurrido luego de un acontecimiento cercano en el tiempo o del recuerdo de una experiencia de vida, o es producto de una reflexión sobre un tema que atrapa mi interés.

Como me ha sucedido en libros anteriores, quizás varios de los relatos resuenen en el corazón del lector porque, por su condición de cotidianeidad, es muy posible que lo que narran les resulte familiar. Quizás alguno que no evoque hoy esa sensación lo haga mañana, o en un mes o en un año, cuando por las circunstancias de la vida aquello que narra sea recordado o le suceda a quien lo leyó.

Ahora bien, si luego de leerlos individualmente les da una mirada de conjunto, verá que todos ellos están atravesados por una idea que es más importante y que, a diferencia de la reflexión personal, es de todo aquel que lo quiera ver: *todo lo que necesitamos para nuestro progreso personal, psicológico y espiritual está en la vida cotidiana y, por tanto, a nuestro alcance.*

Está en el diálogo con un cuidacoches, en una caminata por un parque, en una salida de pesca, en el encuentro con alguien que nos pide dinero en un semáforo o en una ducha matinal.

Si prestamos atención, las experiencias de la vida diaria nos dicen cosas.

Si usted se queda con la anécdota del relato, es lo menos que se puede llevar. Si se queda con el aprendizaje particular al que apunta, está mejor. Pero está muchísimo mejor si del conjunto se lleva la idea de cómo ver en la vida diaria las señales, las guías que Dios, el Principio de la Vida o el Universo tiene para todos nosotros.

He sentido a muchas personas expresar su anhelo de ver a Dios en todas las cosas, pero al mismo tiempo las he visto lamentarse por no saber cómo lograrlo.

En las páginas de este libro, como en las de los anteriores, está mi humilde respuesta a la pregunta: «¿Cómo se hace eso?».

El planteo es sencillo: frente a cualquier experiencia de vida, desde la escena de una película que nos emociona hasta pisar excremento de perro por caminar distraído, todo sirve.

Suceda lo que suceda, en lugar de catalogarlo como bueno o malo, lo recomendable es preguntarse: ¿puede ayudarme esto que me sucedió o que me está sucediendo a crecer espiritualmente?

Si lo ayuda, si lo lleva a estar más en paz, a ser más sensible, bondadoso, pausado, sereno, sabio, inteligente, comprensivo, compasivo, a llevar una vida más sencilla, a

estar más feliz y a hacer más felices a los que lo rodean, entonces, sea lo que sea que le haya sucedido o le esté sucediendo, es una gran enseñanza espiritual, no importa si está plasmada en algún texto sagrado o no.

Si ante una escena de la vida corriente usted logra un aprendizaje que reduzca en el futuro su insatisfacción y el sufrimiento, entonces usted la estará mirando con los ojos de Dios y habrá logrado el verdadero milagro de transformar lo ordinario en extraordinario.

# Catador de vida

No soy bueno para el vino, creo que en realidad no me gusta. Tomo muy de cuando en cuando, muy poquito, solo para brindar. Por bueno o caro que sea, muchas veces le agrego agua, y las ocasiones en que no lo hago es porque los que me rodean lo tomarían casi como una ofensa y lejos de mí está esa intención.

Veo con asombro que cada vez más gente parece gustar y saber de vinos en mayor o menor medida. Muchos conocen tipos, variedades, procedencias y marcas que para mí son un misterio. Otros conocen además, a la perfección, las maniobras y los rituales previos a tomar el primer sorbo, destinados a apreciar el color, la viscosidad, a descubrir los aromas y a paladear cuidadosamente los sabores del preciado líquido.

Conozco varias personas que han tomado cursos y han comprado instrumental especial para poder llevar adelante esta tarea con propiedad.

Veo que otros han extendido estas inquietudes y conocimientos a los aceites de oliva y me han dicho, aunque aún no conozco a nadie, que hay buenos catadores de aguas.

Lo que veo también, con mucha frecuencia, es que aquellas maniobras iniciales que seguramente le permiten al que las ejecuta —estando cien por ciento atento y concentrado— exprimir todas las bellezas y dones del vino,

dejan paso a una grotesca escena donde la misma persona, segundos después, come y toma sin reparar en nada ni en nadie, ni siquiera en el vino.

Abstraído quizás por una discusión intrascendente, una conversación banal o, peor aún, llevado por una pantalla de televisión o por sus propios pensamientos vaya a saber dónde, se pierde las delicias que tiene enfrente, y ahora toma y come en piloto automático.

Esta escena es un espejo en el que me veo reflejado.

Luego de paladear conscientemente tan solo unos pocos bocados de una excelente comida o después de apreciar por muy pocos segundos un atardecer espectacular, es común que me pierda en recuerdos, planes, preocupaciones y un sinfín de divagues sin sentido.

Sin embargo, tengo claro que:

Me puedo olvidar de todo,  
de mi nombre,  
de una cita,  
del trabajo o dónde vivo.

Me puedo olvidar de todo,  
de mi país, de un amigo,  
de mi familia y mis hijos.

Unos olvidos son graves,  
otros olvidos, gravísimos,  
pero nada comparable  
con el pecado mortal  
de olvidarse de sí mismo.

Aunque en este caso me cabe aquello de que hablas de un modo y vives de otro, eso en nada quita la veracidad de mis dichos.

Coincido con Séneca en que «hablo de la virtud, no de mí y cuando clamo contra los vicios, lo hago en primer lugar contra los míos. Cuando pueda, viviré como es debido».

En ese sentido, estoy convencido de que el gran secreto de una vida plena es vivir cada momento, de cada día, como esos segundos en que, observando girar el vino en la copa, oliendo con cuidado sus perfumes y paladeando minuciosamente cada gota, le damos a lo que hacemos toda nuestra atención. Dicen los profesionales que de esa manera, el vino cobra vida y les dice cosas.

Yo creo que nuestra familia, la gente, los paisajes y hasta las cosas cobran vida y nos descubren sus colores, sus aromas y sus sabores si estamos ahí para ellos. De lo contrario, están muertos y nosotros, también.

Inconscientes de lo que hacemos, somos zombies dignos de compasión, aunque estemos sentados frente al más caro y exquisito banquete o a la bebida más noble.

Volver a la vida, resucitar, cuesta poco.

Detenerse mentalmente unos instantes y hacer un par de inspiraciones y espiraciones conscientes será suficiente para traernos de vuelta a casa.

De ahí en adelante, solo se trata de repetir perseverantemente en todas las vivencias cotidianas, en especial en las más corrientes, el mismo procedimiento que utilizan los expertos para apurar aquel primer sorbo de vino.

Lo que hay que hacer es dedicarse full time al simple, pero nada fácil, oficio de catador de vida.

# A mí no me importa el qué dirán

A mí no me importa el qué dirán.

¿Han escuchado alguna vez esta frase?

¿Se la han dicho interiormente?

¿Fanfarronearon alguna vez diciéndosela a alguna persona?

Estaba participando de un día de retiro titulado Mística del Desierto. Se trata de una jornada destinada al silencio y a la meditación, una oportunidad para salir del ruido y la rutina de la vida diaria.

Estábamos cerca del final de la tarde y regresé del espectacular jardín del lugar, donde había estado caminando por largo rato, a la sala contigua al salón donde todos los participantes nos habíamos reunido al comenzar la actividad, y donde era de esperar que todos volviésemos al finalizar la jornada.

La sala donde me senté es una especie de biblioteca de libros antiguos, austera pero elegantemente decorada y con buenos sillones que invitan a un agradable rato de lectura. Entre medio de los sillones hay una mesa ratona.

Había tomado varias notas sobre mis *darme cuenta* del día en una libreta que llevé para esos efectos. Las palabras finales de la última nota quedaron justo al pie de una de las páginas, por lo que di vuelta esa hoja y dejé la siguiente, en blanco, expuesta. Finalmente, puse la libreta sobre la mesa.

Satisfecho con los resultados hasta el momento, decidí leer un rato. Tomé un libro llamado *Formación en la humildad y mediante ella en las demás virtudes* del canónigo Leopold Beaudenom.

En eso estaba cuando, de repente, me asaltó un pensamiento.

Y si ahora viene alguno de los otros participantes y ve la libreta en blanco. Va a pensar que no saqué nada en limpio de todo un día de retiro. Mejor la deajo abierta en una hoja escrita.

Este fue mi mejor y último *darme cuenta* de la jornada.

Por un lado, me sorprendió la paradoja entre el título del libro que tenía en mis manos y la falta de humildad del pensamiento que me inspiró, aunque lejos de mí está atribuirle tal responsabilidad a Beaudenom.

Por otro lado, concluí que a mi ego no hay contexto que lo exorcice. Ni en medio de una jornada de silencio y recogimiento se toma un descanso.

Por último, me quedó claro que a mí me sigue importando el qué dirán.

Me parece que los que creen que después del miedo a la muerte a lo que más tememos los humanos es a las opiniones de los demás, están en lo cierto.

En lo que a mí se refiere, creo que aunque estuviese realmente en el medio del desierto, sin un alma a cientos de kilómetros de distancia, mi mente inventaría unos ojos que me estuviesen viendo, ante los cuales poder seguir rindiendo examen.

¡Qué martirio!

Qué ingrata es la vida de quienes viven siempre bajo una máscara.

Así es la vida de muchas personas, ficticia, preparada para la ostentación.

En efecto, se atormentan con la constante observación de sí mismos y tienen miedo de que sean sorprendidos de distinto modo a como suelen estar.

Y nunca nos deshacemos de esa preocupación, porque pensamos a menudo que nos están juzgando siempre que nos miran.

[...] es mejor ser despreciado por la sencillez, que atormentarse por una perpetua simulación.

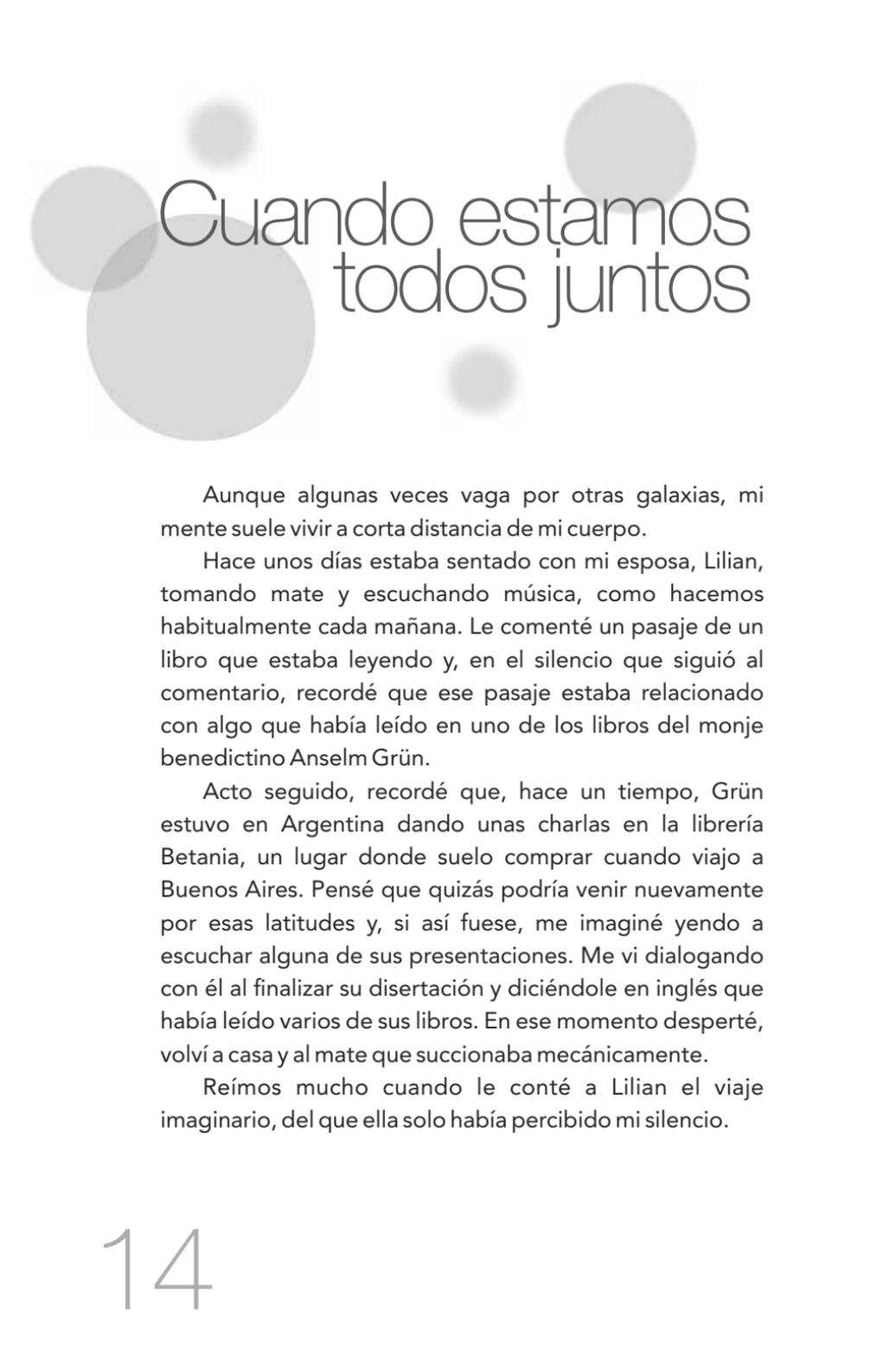
Séneca, *Invitación a la serenidad*

Si están esperando una receta instantánea para liberarse de este veneno, no la tengo.

Si quieren saber en lo que creo y lo que estoy haciendo al respecto, les digo que:

«La observación cura. Sin autoobservación no hay sanación ni salvación.»

Julio Decaro, *La clave*



# Cuando estamos todos juntos

Aunque algunas veces vaga por otras galaxias, mi mente suele vivir a corta distancia de mi cuerpo.

Hace unos días estaba sentado con mi esposa, Lilian, tomando mate y escuchando música, como hacemos habitualmente cada mañana. Le comenté un pasaje de un libro que estaba leyendo y, en el silencio que siguió al comentario, recordé que ese pasaje estaba relacionado con algo que había leído en uno de los libros del monje benedictino Anselm Grün.

Acto seguido, recordé que, hace un tiempo, Grün estuvo en Argentina dando unas charlas en la librería Betania, un lugar donde suelo comprar cuando viajo a Buenos Aires. Pensé que quizás podría venir nuevamente por esas latitudes y, si así fuese, me imaginé yendo a escuchar alguna de sus presentaciones. Me vi dialogando con él al finalizar su disertación y diciéndole en inglés que había leído varios de sus libros. En ese momento desperté, volví a casa y al mate que succionaba mecánicamente.

Reímos mucho cuando le conté a Lilian el viaje imaginario, del que ella solo había percibido mi silencio.

Creo que, por suerte, no es habitual que mi mente ande tan lejos ni que invente tanto. Como si fuese un foco que ilumina diferentes escenarios, lo común es que la descubra en planes y ensayos de cosas que tengo por hacer en unos días o tratando de enmendar o mejorar cosas que ya sucedieron, pero también cercanas en el tiempo.

Me alegra y le agradezco que no me cree culpa o angustia hurgando en el borroso pasado distante, ni tampoco me genere ansiedad, fantaseando con futuros inciertos y lejanos.

Lo malo es que, como sucedió aquella mañana, me haga perder lo que estoy haciendo porque cuando estamos todos juntos, mi mente, mi cuerpo y yo, ni les cuento, ¡eso sí que es vida!

# Ya quiero vivir en paz

Quiero que muera el guerrero.  
Quiero que muera la fiera  
que habita en mi corazón.  
Ya no quiero más peleas,  
más batallas ni más pleitos,  
yo solo quiero que muera,  
que muera mi gladiador.

No quiero que se le acerquen,  
menos aún que lo toquen,  
que lo inciten ni alimenten.  
Tampoco que le acaricien  
sus aparentes virtudes.  
Que nadie elogie su fuerza,  
su tesón ni su valor  
porque cuando su ira despierta  
y todo su poder despliega,  
no hay ruego que lo detenga  
y nada queda a su paso,  
en especial en mi alma,  
más que tristeza y dolor.

Ya quiero vivir en paz,  
vivir en calma y silencio,  
quiero curar mis heridas  
ser solamente... más bueno.  
Quiero que muera el guerrero.  
Quiero que muera la fiera  
que habita en mi corazón.

# ¿Qué más da?

Mi artesana favorita, que expone las bellezas que crea en un pequeño puesto callejero, me cuenta su preocupación de cada jornada porque, solo de traslados, arranca con ochenta y dos pesos en contra, que no sabe si podrá recuperar con sus ventas del día.

Ese mismo día, tomando un cafecito cerca del lugar, un empresario me cuenta su preocupación porque, por el atraso cambiario, su empresa comienza cada mes con cerca de ochenta mil dólares de déficit y no sabe si podrá o no recuperarlos con sus ventas del período.

Yo me pregunto, \$ 80 u US\$ 80.000 , ¿qué más da?

Artesana o empresario, ¿qué más da?

Dinero del ómnibus o pérdida por atraso cambiario, ¿qué más da?

Vivir preocupado, con angustia, ansiedad y frustración es lo que importa, y en eso no les noté diferencia alguna.

Sufren, señor.

# La única elección posible

En la vida no hay elecciones.

Dormido, dentro de la historieta, no hay elecciones. Es como si un actor creyese que desempeñando su papel y siguiendo un guion que alguien escribió está realmente eligiendo. Solo puede tener la ilusión de elegir.

Un robot no elige nada, ha sido programado.

Dentro del sueño nadie elige nada, estamos condicionados.

Somos esclavos de nuestros intereses o, mejor dicho, de los intereses de los que nos programaron, quienes a su vez fueron esclavos de los intereses de los que los programaron, y así sucesivamente hasta el comienzo de los tiempos. Robots que programan otros robots, en su gran mayoría con basura de segunda mano. Todos los cambios que creemos hacer cuando estamos dormidos, cuando estamos dentro de las historietas, son cambios de primer orden.

«Cuanto más se cambia, más es la misma cosa».

Dentro de una pesadilla nadie puede cambiar nada, hay que despertar.



Despierto, es decir, fuera de la historieta, tampoco hay elección y los que despiertan lo saben, porque «lo que es, es, y todo lo demás, no es».

No importa si creemos que debería ser de otra manera o si nos gustaría que fuese diferente. Si lo deseamos, sufriremos porque los hechos no se eligen, son y, como mucho, se aceptan. Lo que es, lo que está sucediendo ahora, es Dios, no hay opinión que valga. El único cambio real es entre estar dormido o despierto, y eso tampoco se elige, sucede.

La única elección posible para los que son llamados, si es que existe, es poner toda el alma para mantenerse despierto o, de lo contrario, volverse a la sufrida comodidad de seguir dormido.

# Yo prefiero los pegotines

Para entrar en el Reino de los Cielos no hace falta más que un paso. Eso sí, hay que darlo despierto.

Para andar despierto ayuda contar con despertadores. Los hay de distintos tipos. Cuentas, cantos rodados, semillas o denarios en los bolsillos sirven a tales fines. El sonido de las campanas de una iglesia cercana o el silbato que señala el comienzo y la finalización del horario de trabajo de un edificio en construcción, también. El llamado de un teléfono, un semáforo en rojo que nos detiene, el canto de un pájaro, la bocina de un auto, todos pueden ser utilizados como despertadores.

No obstante, nunca son suficientes y lo peor es que hay que irlos cambiando porque lo que nos despertaba en un momento, poco tiempo después, pasa inadvertido. Se necesitan llamadores nuevos que nos hagan parar de divagar mentalmente o de vivir con nuestro cuerpo en un lado y nuestro pensamiento por otro, y apreciar con atención lo que nos está sucediendo, así como agradecer todas las bendiciones que nos fueron dadas.

Con este objetivo, reproduce en un cartelito autoadhesivo unas frases que acostumbro presentar en algunas de mis charlas. Se trata de una combinación de algunas expresiones que extraje del libro *El año del pensamiento mágico* de Joan Didion.

El texto dice así:

La vida cambia en un instante.

Usted se sienta a comer y la vida que conocía acaba de repente.

La vida cambia en un instante, en un instante común.

Como me queda claro que cuantos más despiertos haya, mejor para todos, me propuse compartir el despertador con todas las personas allegadas, sugiriendo que los pegaran en el espejo de los baños de las casas o en los de las oficinas, en los termos, en las tapas de las agendas y en cualquier lugar visible que se les ocurriese.

Mi amigo Mariano se llevó unos treinta cartelitos y yo me quedé con otros tantos, que desde hace aproximadamente un mes hemos estado repartiendo como acordamos.

Ahora bien, como la Vida sabe de la tozudez humana y de nuestra tendencia al olvido, nos tiene preparados otro tipo de despertadores.

Hoy a las cinco y media de la tarde recibí este mail.

Ayer fue un buen día.

Hicimos exitosamente lo que había que hacer: presentar unas yeguas a la inspección.

Después, fuimos a almorzar con Fulano y Mengano. Más tarde, eché nafta y emprendí el regreso.

A unos 30 kilómetros de Trinidad los encontré volcados. Habían pasado por sobre una cañada sin caer en ella y aterrizado a 30 centímetros de una piedra enorme.

Estaban vivos y sin daño. No era ayer su día de irse, ni era ayer mi día de encontrar a unas personas queridas muertas en la carretera.

Tenía dos pegotines con la oración «La vida cambia...», y se los regalé (vamos a tener que imprimir más).

Así que fue un buen día.

Un abrazo.

Mariano

Pienso que este accidente va ayudar a los conductores del vehículo a andar más despiertos en el futuro, pero si me dejan elegir despertador, yo prefiero los pegotines.

Ya mandé a imprimir más.



# ¿Qué soy?

Soy la mejor versión que Dios ha hecho de mí hasta el momento o, mejor dicho, que ha hecho de sí mismo en esta minúscula partícula transitoria de su eterno Ser, conocida por otras minúsculas partículas transitorias como Julio Decaro.

En realidad ni siquiera soy, estoy en proceso.



# El precio de la libertad

Me desperté a las cuatro y media de la mañana, preparé el mate y a las cinco desperté a Lilian, que tenía que ir a dar un curso en una ciudad del interior. Llegamos a tomar unos mates juntos, y a las seis el remise la pasó a buscar. Yo salí luego a dar mi caminata meditativa habitual con Mariano.

Una mañana fría pero serena y seca ayudó a hacer más que agradable el paseo por la rambla. Casi ni me molestó mi artrosis lumbar.

Tomamos nuestro cortadito especial en el 360 de Solano Antuña y la rambla, atendidos de maravilla como de costumbre, y proseamos hasta las siete y media.

A las ocho, según lo acordado, me pasó a buscar otro amigo para desayunar y conversar. En la cafetería me encontré con varias personas conocidas a las que saludé y bendije.

Cuando salimos, lo acompañé hasta el auto que estaba estacionado cerca, y al despedirnos, tomé conciencia de mi agradable estado de buen humor. Me sentía ligero, con energía, contento.

Decidí ir a hacer unos mandados.

Primero, fui a la panadería. La persona que me atendió lo hizo muy gentilmente, pero cuando llegué a la caja, las cosas cambiaron. Al mismo tiempo que cobraba a los clientes, la cajera de turno atendía un celular que tenía sobre el mostrador cercano con el que recibía y enviaba mensajes de texto. Cuando me dio el cambio le agradecí y la saludé para despedirme. No me contestó.

A la salida, otra empleada limpiaba la doble puerta de vidrio con agua, jabón y un lampazo. La saludé y tampoco me contestó.

Tomé conciencia nuevamente de mis sensaciones interiores que ya no eran tan agradables y me dije, «nadie me va a cambiar mi estado de ánimo, no pueden hacerlo, solo yo», y retomé mi estado anterior.

Fui a la fiambrería, quería comprar jamón; saludé al entrar y nada.

Como el jamón que nos gusta tenía una irrazonable cantidad de grasa alrededor, le solicité a la joven que atendía que por favor le quitara un poco, a lo que me respondió secamente que no se podía. Me repetí la misma frase y simplemente cambié de marca.

Salí de la fiambrería reiterando mentalmente, «nadie me va a cambiar mi estado de ánimo, no pueden hacerlo, solo yo puedo».

Me encontré con mi amigo Daniel, el señor que cambia pilas de relojes en 21 de Setiembre y Ellauri, que estaba armando la mesa donde trabaja para comenzar la jornada. Ahí recargué *mis pilas*. Tuvimos una corta conversación, pero plena de buena onda y buen humor.

Cuando volvía a casa, al cruzar Vázquez Ledesma y Ellauri, una mujer que conducía un Citroën negro, en lugar

de aminorar la velocidad para que cruzase, me tiró el auto encima y pasó haciendo finito entre el cordón de la plazoletita a Zorrilla de San Martín y yo, al mismo tiempo que hablaba por su celular.

Por un instante me indigné realmente, pero segundos después, me repetí la frase y unos metros más adelante, cuando llegaba a cruzar Leyenda Patria, volví a sentirme ligero.

Un rato después me estaba bañando y comencé a pensar en un tema de dinero, algo que en la empresa teníamos que pagar, pero sin que eso fuera un problema. Sin embargo, pensar en ese tema me llevó rápidamente a otro, uno más urticante.

Cuando me di cuenta y volví en mí, me repetí la frase, solo que en este caso la cambié un poco y me dije, «ni mi propio pensamiento me va a cambiar mi estado de ánimo, no puede hacerlo, solo yo puedo».

Por ahora voy bien, aunque recién son las diez y media de la mañana.

Veré cómo me fue cuando termine el día.

Lo que una vez más me queda claro es que Epicteto tenía razón porque «no son las cosas las que atormentan a los hombres, sino la opinión que se tiene de ellas. [...] Cuando estemos contrariados, turbados o tristes no acusemos a los otros, sino a nosotros mismos, es decir, a nuestras opiniones.»

También me queda claro que el precio de la libertad es la eterna vigilancia.

# Igual que en casa

Son alrededor de las diez y media de la mañana. Estoy cómodamente sentado al solcito leyendo un libro en medio del Harvard Yard, el parque central de la Universidad de Harvard, y pienso: «estoy igual que en casa».

A miles de kilómetros de distancia estoy haciendo lo mismo que hago en Villa Biarritz, el parque que queda frente al apartamento en el que vivo.

Entre medio de árboles frondosos, rodeado de lindos edificios, con gente caminando en todas direcciones, estoy leyendo solo. Mi gente, mi familia, mis amigos, mis conocidos no están aquí conmigo.

Que estén a cincuenta metros de distancia, a ciento veinte kilómetros o a diez mil es igual, en todos los casos estoy solo sentado al sol, leyendo en un parque.

«Si no es igual», me dije, «si el conocimiento de la distancia que me separa de los que quiero me afecta, es un truco de mi mente.»

Si pensar que estoy lejos me genera tristeza o nostalgia, esa emoción es un producto de mi pensamiento, no de la realidad.

La realidad es la misma: yo estoy solo, leyendo, sentado al sol en un parque.

Las únicas tres diferencias reales entre ambas situaciones son:

La cómoda silla en la que estoy sentado no es mía, es pública y está impecablemente cuidada, como las cerca de cincuenta restantes que están libremente distribuidas sobre el césped en toda el área. Eso allá no existe.

Las numerosas ardillas, que allá tampoco existen, que suben y bajan de los troncos de los árboles y corren eléctricamente por el césped en todas direcciones.

Por último, lo que acá no existe, son ciudadanos que dejen defecar a sus perros impunemente y no recojan las heces. Puedo deambular por todo el parque sin tener que cuidarme como si estuviese caminando por un campo minado de una zona de guerra.

De lo único de lo que realmente tengo que cuidarme es de que mi mente no me juegue una mala pasada, me transporte a su mundo de ilusión y me impida disfrutar y agradecer todas las bendiciones de este momento, igual que en casa.

# Nunca es tarde

Hablando con un amigo de lo bien que veíamos con mi esposa a sus dos hijos, lo educados y afectuosos que eran, derivamos a comentar sobre el trato entre ellos. Me decía que sus hijos se quieren y se apoyan mucho entre sí.

«Por suerte», acoté, «mis nietos, más allá de desacuerdos menores propios de los juegos infantiles, se llevan bien entre hermanos y cuando se juntan todos, también entre los primos. Los primogénitos de cada familia, Joaquín de 10 años y Facundo de 7, no solo se llevan bien entre ellos, sino que son condescendientes y cariñosos con sus hermanos o hermanas menores.»

«Son niños alegres», pensé, «y las fotos que habitualmente les tomamos, reflejan eso en sus caras.»

«Creo que todo es reflejo de la estabilidad y afecto que reciben en sus casas, en especial de sus padres», comenté.

En ese instante me vino a la mente el recuerdo de una patética foto que tenemos con mi hermano, subidos a dos petizos del parque infantil donde, de forma absolutamente incongruente con la situación, una profunda tristeza aflora en los rostros de ambos. Con solo mirarla dan ganas de llorar.

Yo soy cuatro años mayor que Pancho.

De chico me enojaba con él y lo golpeaba frecuentemente a pesar de su serenidad y bonhomía, o quizás, hasta por eso mismo. De más grande lo seguí maltratando de maneras más sutiles, hasta que la vida fue poniendo sabia distancia entre nosotros.

Miguel Francisco estaba viviendo con su esposa en un pequeño pueblo del sur de Brasil cuando cumplió 50 años. Yo, que por ese entonces comenzaba a despertarme de la pesadilla de mi vida, fui con Lilian a su cumpleaños.

Cuando lo vi rodeado de amigos, alegre, despreocupado, querido por todos, como mi abuelo Miguel, me di cuenta: *Pancho es el mejor de nosotros.*

Tomé el micrófono de la pequeña banda que animaba la fiesta y, entre lágrimas de alivio, así se lo hice saber públicamente.

Para mi sorpresa, un gran número de personas totalmente desconocidas se me acercaron para darme demostraciones de afecto, comprensión y compasión que jamás olvidaré.

—Ahora entiendo—le dije—. Ahora entiendo por qué.

—¿Por qué, qué?—preguntó mi amigo.

—Por qué siempre casqué a mi hermano.

—¿Por qué?—me volvió a preguntar.

—Por la misma razón por la que escribí en el libro *La clave*, el poema «Las mil batallas» que en ese momento le recité y que ahora reproduzco parcialmente.

Qué fueron las mil batallas  
que algún día sublimé,  
si no andar por esta vida  
haciendo pagar a otros  
el dolor de mi niñez.

Pancho ligó mal. Era el que tenía más cerca, era más chico, era más bueno.

La próxima vez que lo vea, que va a ser pronto, porque ahora gracias a Dios vive cerca, le voy a pedir perdón, nuevamente, porque nunca es tarde.

# Apostolado

Indicar el apostolado es una prescripción como mínimo innecesaria y muchas veces, inconveniente.

Aquellos *entusiasmados*, los que han vislumbrado a Dios en su interior, no pueden dejar de hacerlo. El apostolado es para ellos un imperativo de su alma, no tienen alternativa. A estos, nadie les tiene que decir nada.

Los *motivados*, los que siguen un deber, los que representan un personaje más de los tantos de su vida, como al que nace barrigón, es al ñudo que los fajen. A estos sería mejor que nadie les sugiriese hacer nada; al menos no generarían confusión.

*Primum non nocere.*

# ¿Pequeño a los ojos de quién?

Con la finalidad de recoger fondos para el Hogar del Niño del INAU, se me ocurrió que podíamos vender reproducciones del video de la conferencia que di, como cierre de año, el pasado diciembre en el teatro La Colmena.

Todos los que participaron de la charla, algo más de doscientas personas, colaboraron en aquel entonces con un juguete para los niños de la misma institución.

Le solicité a un amigo, dueño de una prestigiosa agencia de publicidad, su consejo para diseñar la promoción que usaría en un mail dirigido a vender el DVD a nuestra base de datos.

Por un lado, me dijo que el producto le parecía excelente, y me ofreció conectarme con gente que podía promover esa y otras presentaciones mías en vivo y en video en un mercado no solo nacional, sino internacional.

Por otro lado, me dijo que, en su opinión, de la manera que lo habíamos pensado, no íbamos a sacar mucho dinero.

Desoyendo su recomendación y siguiendo el mandamiento de que lo mejor es enemigo de lo bueno, igual lo hicimos.

Mi amigo tenía razón.

Aunque de entrada dijimos en el equipo de trabajo: «No importa; si vendemos 10, vendemos 10; si vendemos 50, 50, y si vendemos 100, 100», creo que todos, o al menos yo, estábamos esperanzados de vender unas cuantas unidades.

Vendimos solo 15 DVD que algunos integrantes del equipo terminaron repartiendo personalmente a los generosos compradores, y recogimos unos doscientos y tantos dólares que, por supuesto, entregamos gustosos a la mencionada obra.

Me enteré de estos magros resultados por un mail que me envió uno de mis colaboradores y que abrí en una de mis desveladas noches, cerca de las tres de la mañana.

En ese momento, pensé que debía dar algún consuelo a los que habían confiado en esta locura y habían puesto su esperanza y su trabajo en llevar adelante la idea.

Quizás, yo también lo necesitaba.

Un par de horas después y mate de por medio, decidí terminar de leer un libro que había comenzado recientemente titulado: *Breve tratado de la paz del alma* de fray Juan de Bonilla.

Al final del libro, aparece un capítulo llamado «Advertencias para ejercitarse en obras, de manera que sean a Dios muy agradables y al hombre muy meritorias, sacadas a luz por el Caballero Jacobo de Gracia».

La cuarta advertencia (página 85) dice:

Advierta que importa mucho saber cómo hacer que una obra pequeña, venga a ser muy grande a los ojos de Dios y se hace de esta manera: juntase la pequeñez de la obra

con la grandeza del deseo, el cual, si es firme y eficaz, llega a donde el efecto no alcanza, porque cuanto hace vuestra voluntad y ansia mayor, más se alzará la obra delante del Señor.

En una cita al pie de la misma página aparece el siguiente texto:

«El tema ha sido predicado en el siglo XX por san Josemaría Escrivá de Balaguer de un modo vibrante y persuasivo.»

Baste conocer su primera obra, *Camino*, que titula ya uno de sus capítulos, «Cosas pequeñas». El punto 813 de dicho libro dice:

Hacedlo todo por amor. Así no hay cosas pequeñas, todo es grande. La perseverancia en las cosas pequeñas por amor es heroísmo.

En eso estaba cuando, por si todo esto fuera poco, entre los mails que recibí, me llega, de una querida amiga, el que copio a continuación:

Estimado Julio:

Compré el DVD de la charla a la que asistí en La Colmena, y como cosa *e' mandinga* lo recibí el día en que falleció nuestra perrita caniche de 13 años. Le sugerí a mi hija mirarlo juntas y no hubo mejor consuelo que compartir con ella esa conferencia. Aprovecho para saludarlo en este día del Padre... Cariños sinceros.

«Cuando mi gente lea esto», pensé, «ninguno necesitará ya consuelo alguno, y no tendremos dudas sobre qué hacer de ahora en adelante en situaciones parecidas», y agregué en el correo que les envié:

... Por una sola de estas cosas, lo haría nuevamente mil veces.

Les agradezco el apoyo.

Abrazos.

Julio

# Con los ojos que ahora te veo

Dónde estabas mujer,  
nunca te vi  
con los ojos que ahora te veo.  
Veía luz, veía colores,  
sin embargo, estaba ciego.

Cómo no vi mujer mía,  
en tu alma tal grandeza  
ni en tus formas la belleza  
que mis ojos ven ahora.

Nunca aprecié con justicia  
la silenciosa bravura  
ni la infinita ternura  
que en nuestro mundo volcaste.

Porque si te hubiera visto,  
si no hubiese estado ciego,  
cada uno de mis días,  
debí haber agradecido  
a Dios, como hoy lo hago,  
por ponerte a ti a mi lado,  
compañera de mi vida.

# No sé qué es peor

Estaba leyendo uno de esos mails que mucha gente acostumbra a divulgar entre su base de datos con críticas que atañen a personajes políticos o del ambiente artístico, y mi mente hizo una asociación.

No sé qué es peor, si el asocial que tiene la desagradable conducta de dejar que su mascota haga sus necesidades en la vereda de sus vecinos sin inquietarse en recogerlas o los que como yo, que cuando andamos dormidos las pisamos y luego desparramamos materias fecales en 50 metros a la redonda.

No sé qué es peor, si los que dan comienzo a un rumor, una noticia maliciosa, un chisme, una mentira, una crítica o una queja, o aquellos que como yo, que cuando andamos dormidos les prestamos atención y luego las desparramamos a diestra y siniestra.

No sé qué es peor, si la caca de perro o las maledicencias y el lenguaje mordaz, moneda corriente de casi el 100% de las reuniones sociales.

En realidad sí sé qué es peor.



Son peores las maledicencias que la caca de perro, porque la caca y nuestro enojo por pisarla se agotan a unos pocos metros de distancia, mientras que aquellas, es incalculable la distancia que pueden recorrer y el tiempo que pueden permanecer envenenando nuestra mente.

Corolario, cuídese más de los rumores, las críticas, las quejas y las maledicencias que de la m..., o la m... es preferible pisarla que tenerla en la boca, la mente y el corazón.

# El camino del medio

¿Qué me aconsejaría hacer?

Lo que recomienda TodoTech en un cartel ploteado en la parte posterior de un vehículo de transporte colectivo capitalino, promoviendo la venta de cámaras de seguridad, que dice:

«Tenga todo bajo control.»

Lo que recomienda Mateo:

«¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir un codo a la medida de su vida?»

O lo que recomienda mi amigo Enrique:

«Yo hago lo mejor que puedo, todo lo que esté a mi alcance, y luego que Dios le ponga lo que le falta.»

# Instrumento

Siempre le escuché decir a Lilian que cuando reza, lo que le pide a Dios es ser un buen instrumento a su servicio. Aunque comprendía perfectamente el sentido de su solicitud, confieso que nunca le había prestado demasiada atención y que no me imaginaba cómo podía llevarse a cabo tal pedido.

Hace cerca de un año atrás, con motivo de una alergia cutánea, consulté a un colega que se dedica a la homeopatía y a otras medicinas alternativas. Entre otras cosas, me indicó un severo régimen alimentario donde tenía absolutamente prohibida la harina de trigo y la leche, o cualquiera de sus derivados. Después de varios meses de estricta abstinencia, quedó claro que esos alimentos no eran los responsables de mi alergia.

Alrededor de ocho meses después de iniciado mi régimen, unos amigos vinieron a cenar a casa y nos contaron con preocupación que Julieta, su hija de 7 años de edad, padecía una severa afección cutánea en casi todo el cuerpo, una especie de eczema acompañada de intenso prurito y con importantes lesiones de rascado, al punto que la avergonzaban mucho a la hora de ir a la escuela o a jugar con sus amigas.

Después de innumerables exámenes y de probar distintas terapéuticas, los médicos estaban desanimados y proponiendo la realización de una biopsia de intestino.

Nuestra conversación continuó y cambió a otros temas.

Aunque ya no estaba pensando en absoluto en la niña ni en su alergia, una idea apareció de pronto en mi mente y extemporáneamente les dije: «¿Por qué no prueban sacarle la harina de trigo y la leche?». Mis amigos se sorprendieron un poco; entonces insistí categóricamente: «¡Sáquenle la harina y la leche!». Así lo hicieron y —para el asombro de todos, incluido yo— en pocos días Julieta se curó.

Dos años atrás, Lilian padeció una neumopatía aguda después de la cual le quedó, como secuela, un asma severa. Hasta ese momento había sido una persona sana que no tomaba ningún medicamento, excepto algún analgésico esporádico.

De la noche a la mañana pasó a ser una persona con grandes restricciones por la disnea y la tos, atada a una decena de medicamentos incluidos corticoides e inhaladores de varios tipos, visitante a permanencia de alergistas, neumólogos y médicos de medicina general.

Yo comenzaba por esa época a probar, para tratar mi alergia, un procedimiento poco conocido por la medicina tradicional llamado autohemoterapia. Básicamente consiste en extraer unos centímetros cúbicos de sangre venosa e inyectarla seguidamente de forma intramuscular, procedimiento que llevaba a cabo con la ayuda de Lilian, que también es médico. El mecanismo por el que este procedimiento ayuda en las enfermedades de tipo inmunológico no es claro porque nunca ha sido bien estudiado. Nadie parece

estar interesado en investigar a fondo una terapéutica a todas luces no rentable.

Lo cierto es que, aunque obtuve cierta remisión de los signos y síntomas de mi alergia y aunque desde que comencé con este procedimiento no he tenido ni un mísero resfriado, mi alergia no desapareció.

Un buen día le dije a Lilian: «¿Qué tal si probaras tratar tu asma con autohemoterapia? ¿Qué podés perder?». Ella accedió, y luego de unas pocas sesiones semanales su asma desapareció y se mantiene en remisión más de un año después, sin necesidad de ninguna medicación adicional.

En fin, mi alergia está mejor hoy, pero tengo dudas de a qué se debe.

Quizás la infusión de unos yuyos para el hígado que estoy tomando estén ayudando, pero en todo caso, no importa mucho. Lo cierto es que caí en la cuenta de que padecerla durante tantos años, así como haber probado tantos tratamientos que van desde la acupuntura hasta la visita a curanderos, me llevaron a toparme recientemente con la autohemoterapia y el régimen sin harina de trigo.

Ninguno de ellos probó ser eficaz para mi padecimiento, pero sin duda lo fueron para los de Julieta y Lilian.

Benditos sean.

Como hasta el más mínimo detalle de lo que acontece en este mundo no puede ser si no el efecto de una causa, de lo que hoy ya no tengo dudas es de lo que significa ser «un buen instrumento al servicio de Dios», y de cómo se materializa el pedido de Lilian.

# Un latido

Nunca he nacido  
ni nunca moriré.  
Antes de Abraham yo ya era,  
y hasta el fin de los tiempos  
con vosotros estaré.  
Nunca tuve una vida  
ni nunca la tendré,  
porque soy la vida misma,  
en minúscula expresión,  
solo un instante, un latido  
del eterno corazón de Dios.

# Amigos intocables

Esa noche decidimos con Lilian ir a ver el estreno francés *Amigos intocables* (*Intouchables*) con los actores François Cluzet y Omar Sy, una preciosa y recomendable película basada en hechos de la vida real.

Uno de los dos personajes centrales, Philippe, es un hombre cincuentón, multimillonario y cuadripléjico, y el otro, su inexperto e inculto acompañante, un inmigrante de color de unos treinta años llamado Driss, lleno de vitalidad y autoconfianza.

En la escena particular a la que haré referencia, Philippe cumple años y el festejo incluye un concierto en su impresionante mansión a cargo de una orquesta sinfónica.

Finalizada la reunión, y después de que los invitados se retiraron, el dueño de casa le pide a la orquesta que interprete algunos clásicos de la música sinfónica que su cuidador graciosamente reconoce tan solo como fondo de comerciales, de películas de dibujos animados o del contestador telefónico de la oficina de empleos. Cuando Philippe le pregunta si le gustan, decididamente le dice que no, que si no se puede bailar para él no es música.

Acto seguido aparece con un reproductor y le dice al formal cumpleaños que ahora es su turno para que

escuche buena música, y pone a todo volumen *Boogie Wonderland* interpretada por Earth, Wind and Fire y comienza a bailar ante el llamado infructuoso del dueño de casa para que se serene.

Pocos instantes después, todo el personal de servicio, que todavía permanecía en la sala, comienza primero a moverse al compás en su lugar, y luego a bailar animadamente siguiendo la indicación de Driss. Incluso los más serios y formales pierden su habitual compostura y disfrutaban del baile como si fuesen niños.

La alegría desborda y la vida fluye en todos y en todo, ante la mirada sonriente de los integrantes de la orquesta y la risa cómplice de Philippe, que ya no opone resistencia ante tal desborde de felicidad.

Me emocioné hasta las lágrimas de alegría.

Conmoverlo, me quedé pensando: «¿Qué hay en esta escena para mí?, ¿qué mensaje encubierto tiene?».

Al día siguiente, caminando por la rambla, una idea hizo, en mi cabeza y en mi corazón, el ruido de una llave que abre un candado grande y viejo. «Vos te tomás la vida demasiado en serio, Julio.»

Comentando el episodio con Lilian me fui dando cuenta de las razones del impacto de la escena, de lo acertado de esta idea, así como de la sensación de liviandad de mi cuerpo y de mi alma luego de este *darme cuenta*.

Siempre me tomé la vida demasiado en serio, o seriamente, o con seriedad o como mejor les parezca que se puede expresar esta idea.

Siempre quise controlar todo, y locamente hubo momentos en que me creí que podía lograrlo.

Siempre anduve con el ceño fruncido, con un gesto adusto y hasta de amargura en el rostro.

Siempre preocupado por algo, siempre con una actitud severa como si la vida fuese un hueso duro de roer y yo un mastín dispuesto a no soltar la mordida por nada del mundo.

Siempre me tomé todo a pecho, todo con solemnidad. No importaba si lo que tenía por delante era un problema real o una insignificancia, todo parecía trascendente, digno de ser tratado con el mayor esfuerzo y rigor.

Siempre enojado con casi todos porque, en mi fuero interno, siempre sentía a los demás como flojos, atorrantes, incumplidores, irreverentes, insolentes, irrespetuosos como Driss, el personaje de la película.

Como yo me consideraba lo contrario, como creía que yo cumplía, quería —algunas veces secreta y otras abiertamente— que cumpliesen todos.

Hoy reconozco que aquello no solo fue cansador y desgastante para mí y mis relaciones, sino irreal e inútil.

Nunca, hasta hace pocos años, pude percibir la soberbia y la arrogancia que conlleva ese comportamiento, ni tampoco lograba aquilatar el grado de sufrimiento que lo acompañaba para mí y para los que me rodeaban.

Pensaba que la vida era así.

De tanto usar mi máscara de hombre serio se me había pegado al rostro; era yo.

Un buen día, comencé por preguntarme si esos a los que yo veía despectivamente, no tenían algo que a mí me hacía falta si quería lograr la armonía y el equilibrio en mi vida.

«A veces pienso», escribí en *El día que desperté dos veces*:

¿No será que lo de ellos es creatividad, rebeldía, libertad, espontaneidad, flexibilidad, naturalidad, desprejuicio, confianza?

¿No será que lo mío es envidia?

Hoy me di cuenta de algo más.

Philippe, el dueño de casa, era en aquella película como Dios. Tenía el poder absoluto. Aunque inválido, controlaba desde la cama o desde su silla de ruedas la vida de todos los que lo rodeaban y le servían. Podía despedir o contratar a su antojo y, metafóricamente, determinar la vida o la muerte de cualquiera de ellos, que en general y por esta razón, le temían.

Por su cuadrupleja, como hace el Dios de mucha gente, miraba la vida desde lejos, y desde allí, con un pequeño gesto de su rostro, aprobaba o desaprobaba lo que sucedía.

En el momento particular del filme que me emocionó, este Dios intenta llamar al orden a su irreverente servidor. Instantes después, sin haber logrado su objetivo, pero viendo que aquello para lo que creó al hombre brotaba en el

ambiente y contagiaba hasta a los más solemnes, sonríe con benevolencia, complicidad y agrado.

Recordando la escena pensé: «A Dios definitivamente le gustan los que son un poco desfachatados y le aburren los prolijitos, los que se exceden en obediencia y en afán de perfección. Seguro que no se trata de armar el relajo que armó Adán, pero tampoco la pavada, porque mucho de algo bueno, es malo».

«Te seguís tomando la vida demasiado en serio», me dije, «y lo que es peor, quizás ahora en el más traicionero y pantanoso de los campos de tu vida, en el de querer ser mejor persona. Me parece que Dios te está dando señales de que tenés que aflojar un poco más, quererte un poco más y permitir que la vida fluya más gentil y elegantemente, sin forcejear como si fuese una pulseada que hay que ganar o un obstáculo que superar.»

Y ahí... me acordé de mi querido abuelo Miguel.

«Los ángeles pueden volar porque se toman a ellos mismos ligeramente.»

Gilbert Keith Chesterton

# Cuando estoy sufriendo

Cuando tengo un dolor, lo recomendable es consultar a un médico, porque lo más seguro es que tenga que tomar algún medicamento para aliviarlo.

Cuando estoy sufriendo, lo recomendable es aceptación, porque lo más seguro es que mis ideas de cómo la vida debería ser o cómo me gustaría que fuese estén en desacuerdo con la realidad, con lo que es o sucede.

Ahí no hay medicamento que valga.

# Astuta mente

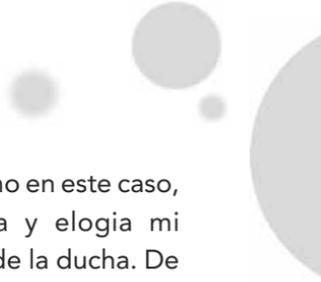
Me estaba duchando y disfrutando del agua caliente que caía sobre mi cuerpo.

Tomé conciencia plena del momento y de la agradable situación hasta que mi mente recordó un pasaje de un libro que estaba releyendo.

El texto habla de la importancia de lavar los platos solo para lavar los platos y de hacerlo con conciencia plena, sin pensar en el té que vamos a tomar al finalizar la tarea porque, de lo contrario, durante ese tiempo, no solo dejaremos de lavar los platos, sino que seremos incapaces de percibir el milagro de la vida.

Acto seguido, otro pensamiento me sugirió que debería compartir ese pasaje tan interesante con mis colegas de la reunión de los martes, y en ese momento desperté y volví a la ducha. Lo hice con una sonrisa en los labios admirado por el ingenio de mi mente.

Creo que como ya sabe que a esta altura de mi práctica, si intenta llevarme a pensar en cuestiones de trabajo, en alguna situación problemática o me trae un recuerdo desagradable, es más probable que detecte su maniobra; en lugar de hacerlo, me sigue la corriente con los temas de la práctica misma.



Cuando estoy viviendo consciente, como en este caso, ingeniosamente, primero me acompasa y elogia mi comportamiento de disfrutar plenamente de la ducha. De inmediato, comienza a recordarme las enseñanzas de un maestro sobre el tema escritas en un libro que, por supuesto, está sobre mi escritorio.

De ahí a sugerirme escribir un mail a mis amigos haciendo referencia a esa lectura, y luego a deslizarse imperceptiblemente hacia un torbellino infinito de pensamientos sin coherencia, no hay más que un instante.

En ese caso, como dice el pasaje en cuestión, no solo me hubiese perdido la ducha, sino que hubiese dejado de vivir.

Lo que me queda claro es que, si bien es vital estar atento a la ducha o a los platos, a lo que tengo que estar más atento es a las cada vez más refinadas sutilezas de mi astuta mente.

# Más claro, échele agua

Todos buscan ser felices.

[...] esto sin excepción. Por diferentes que sean los medios que para ello empleen, todos tienden a este fin. [...] la voluntad no da jamás el menor paso sino hacia ese objetivo. Es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, hasta de los que van a ahorcarse.

Blaise Pascal

Sin embargo, la mayoría lo hace en el lugar equivocado.

Muy tarde por la noche Nasrudín se encuentra dando vueltas alrededor de una farola, mirando hacia abajo. Pasa por allí un vecino.

—¿Qué estás haciendo Nasrudín, has perdido alguna cosa? —le pregunta.

—Sí, estoy buscando mi llave.

El vecino se queda con él para ayudarle a buscar.

Después de un rato, pasa una vecina.

—¿Qué estáis haciendo? —les pregunta.

—Estamos buscando la llave de Nasrudín.

Ella también quiere ayudarlos y se pone a buscar. Luego, otro vecino se une a ellos. Juntos buscan y buscan y buscan. Habiendo buscado durante un largo rato acaban por cansarse. Un vecino pregunta:  
—Nasrudín, hemos buscado tu llave durante mucho tiempo, ¿estás seguro de haberla perdido en este lugar?  
—No —dice Nasrudín.  
—¿Dónde la perdiste, pues?  
—Allí, en mi casa.  
—Entonces, ¿por qué la estamos buscando aquí?  
—Pues porque aquí hay más luz y mi casa está muy oscura.

Entonces, ¿dónde buscar?

[...] La venida del Reino de Dios no es algo que todo el mundo pueda ver. No se va a decir: «Aquí está», o «Allí está»; porque el reino está dentro de vosotros.

Lucas 17: 20-21

[...] Cuando lleguéis a conoceros a vosotros mismos, entonces seréis conocidos y caeréis en la cuenta de que sois hijos del Padre Viviente. Pero si no os conocéis a vosotros mismos, estáis sumidos en la pobreza y sois la pobreza misma.

Evangelio según Tomás, 3

Más claro, échele agua.

# ¡Qué dilema!, ¿no?

Hace pocos días les escribí a mis amigos de la reunión de los martes lo siguiente:

Estimados todos, ahí les va una reflexión.  
Dice Epicteto por un lado:

«Mírenme, no tengo ciudad ni casa ni bienes, ni siquiera un esclavo. Duermo en el suelo, no tengo esposa ni hijos, ni un palacio, solo el cielo y la tierra y un manto raído. ¿Y qué me falta? ¿No vivo sin sufrir? ¿No vivo sin miedos? ¿No soy libre?

¿Qué actitud tomo ante aquellos que ustedes temen o admiran? ¿No los trato igual que a esclavos?

Quien me ve, ¿no pensará que está viendo a su rey y señor?»

El tema está en ver cómo hacemos los que tenemos familia, casa, bienes, trabajo, más de un traje, varios pares de zapatos, etc. —es decir, los cansados y agobiados— para que nuestra mente y, en especial, nuestro corazón viva apacible y libre de apegos al mismo tiempo que atiende estos menesteres.

Para complicar un poco más las cosas les recuerdo que: «Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mamón» [lo que da seguridad].

Mateo 6: 24

¡Qué dilema!, ¿no?

Un abrazo.

Julio

# Algo que he descubierto recientemente, pero que es muy viejo

Algo que he descubierto bastante recientemente es el verdadero sentido de la palabra humildad.

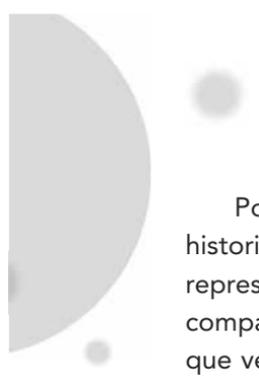
Humildad no tiene que ver con la posición relativa o la actitud que alguien adopta respecto a otros seres humanos. Es consecuencia de haber entendido y de darse cuenta de otra relación, la de la criatura y el creador. Surge de medirnos con Dios y toda su creación.

Si realmente me doy cuenta de mi dimensión, si percibo con claridad mi insignificancia y la intrascendencia de mis imaginarios dramas cotidianos, no queda otra que ser humilde.

Así, es válida la definición que hace el *Diccionario de la lengua española*, donde dice que la humildad es la «virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar de acuerdo con este conocimiento. Sumisión, rendimiento».

Es tan solo cuestión de ubicarse, de dimensionarse, y el resto viene por añadidura.

Cuando uno se da cuenta, solo queda agradecer y confiar.



Por el contrario, mientras creamos en la realidad de las historietas en las que participamos y los personajes que representamos, mientras ese sea nuestro mundo y la comparación sea entre minúsculos egos, la cosa tendrá que ver con el palo del gallinero de la vida que nos tocó ocupar y con lo que hicieron los que tuvieron la tarea de programarnos, pero nada que ver con la humildad.

Si estoy en la historieta y, por programación, me tocó representar un personaje de víctima desvalorizada que cree que tiene que complacer a todos, puede que piense que soy humilde y hasta que engañe a muchos con mi representación. En realidad y lamentablemente, lo que tengo es una posición existencial depresiva, me creo menos que otros y punto.

Iguales consideraciones les caben a los salvadores; soberbios disfrazados que andan a la caza de víctimas a las que sobreproteger con acciones de las que esperan, secretamente, reconocimiento y recompensa. Aunque les salgan a la perfección, sus roles son falsos.

A mí me tocó el papel de arrogante, de perseguidor y ahora que ya no me gusta, porque me ha traído mucho sufrimiento, podría comenzar a representar uno de humilde.

Lo que hoy tengo claro es que si lo hiciese, no sería más que un arrogante tratando de ser humilde. Estaría cambiando un disfraz por otro.

Aunque parece sencillo hacer lo opuesto de lo que me sale más fácil, jamás lo lograría. De la arrogancia jamás nace la humildad, o dicho de otra forma, la humildad nacida de la arrogancia no deja de ser arrogancia.

La humildad no es lo opuesto de la vanidad; la humildad no tiene opuesto.

La verdadera humildad no viene de medirse con los hombres, sino con Dios y nace de la comprensión, no del esfuerzo.

Esfuerzo hacen los personajes.

Esfuerzo hacemos los perseguidores queriendo ser humildes y también las víctimas y los salvadores, que aunque la imitación les salga mejor, tampoco lo logran.

Este tema es viejo, muy viejo.

En la *Filocalia*, obra publicada por primera vez en 1782 en Venecia, aparecen unas reflexiones de Marcos el Asceta que vivió en el siglo V d. C. donde dice:

«La humildad no es una condena por parte de la conciencia, sino un reconocimiento de la gracia de Dios y de su compasión».

Humildes no son los personajes, ellos solo pueden imitar la humildad.

La humildad viene de despertar y por tanto, es un don, es una gracia.

Es inútil buscarla; mejor sería pedirla.

# Tené cuidado con lo que preguntás

Estábamos almorzando en medio del retiro de meditación cristiana conducido por el padre Laurence Freeman.

Un amigo que estaba sentado junto a mí me comenta: «¿Cómo hará el padre Laurence para viajar tanto dando retiros y estar siempre tan calmado?».

Como por la tarde iba a haber una sesión de preguntas y respuestas me dice: «Voy a preguntarle ¿cuál es el intercambio que hay que hacer? ¿Qué hay que dar a cambio para lograr la calma?». Y todavía me aclara utilizando una palabra en inglés: «¿Cuál es el *trade off*?» (que significa precisamente intercambio).

Yo le dije: «Te estás arriesgando un poco porque, si para contestarte hace referencia a los evangelios, te va a citar la parábola del joven rico y te va a decir, parafraseando a Jesús, que vendas todo lo que tenés, que se lo des a los pobres y que lo sigas».

Y agregué, «tené cuidado con lo que preguntás».

«Bueno...», dijo mi amigo, «me quemaste la pregunta», y seguimos almorzando tranquilamente.

Después de un breve trabajo en grupo para elaborar las preguntas que se iban a realizar en el momento oportuno, el padre Freeman retoma la charla y dice que va a hacer referencia a dos historias que están en el mismo capítulo del Evangelio de Marcos y, para sorpresa nuestra, arranca con un análisis de la parábola del joven rico y, entre otras muchas cosas, comenta hacia el final: «Hay que tener cuidado con lo que uno pregunta».

Con mi amigo intercambiamos una mirada cómplice y de asombro, y escuchamos muy atentamente porque, coincidencias aparte, en las que además no creo, estábamos seguros que había definitivamente algo para nosotros en ese relato.

#### **El joven rico**

Cuando salía para seguir su camino, vino uno corriendo, y arrodillándose delante de Él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?

Y Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo uno, Dios.

Tú sabes los mandamientos: «no mates, no cometas adulterio, no robes, no des falso testimonio, no defraudes, honra a tu padre y a tu madre».

Y él le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud.

Jesús, mirándolo, lo amó y le dijo: Una cosa te falta: ve y vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme tomando tu cruz.

Pero él, afligido por estas palabras, se fue triste porque era dueño de muchos bienes.

Jesús, mirando en derredor, dijo a sus discípulos: ¡Qué difícil será para los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!

Y los discípulos se asombraron de sus palabras. Pero Jesús respondiendo de nuevo, les dijo: Hijos, ¡qué difícil les es entrar en el reino de Dios a los que confían en las riquezas!

Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios.

Marcos 10: 17-25

«Como en tantos otros pasajes de los evangelios, el final de la parábola del joven rico queda abierto», terminó diciendo el padre Freeman, «y así la parábola que iniciamos leyendo, nos lee a nosotros, nos invita a la introspección y al autoconocimiento».

¿Qué dice esta parábola acerca de mí?

¿Cómo la interpreto?

¿Habla Jesús literalmente de riquezas materiales o se refiere a todos los apegos que controlan y encadenan mi vida?

¿Cómo se relaciona con la pobreza de espíritu, fundamento de la felicidad?

¿Qué cosas tengo que dejar ir?

¿Qué alforjas debo vaciar si quiero pasar por el ojo de la aguja?

¿Cuál es el costo que tengo que pagar para crecer en libertad?

¿De qué manera me ayuda esta parábola a purificar mi forma de vida y deshacerme de las falsedades e ilusiones con las que se ata mi ego?

¿Qué efecto redentor tiene en mi alma?

Tengo claro que mis respuestas, cualquiera que ellas sean, son el final real y la finalidad de la historia, y si uno no quiere arriesgarse a contestar, es mejor tener cuidado con lo que se pregunta.

# Justicia divina

El que pide o agradece (y me incluyo) no sabe lo que hace.

# Pescar ubica

Flotábamos por el río Rivadavia nueve aprendices de pescadores y cinco guías, en otras tantas balsas de goma.

En un remanso, bajamos todos para pescar de a pie. Novatos y guías, todos a lo suyo.

Algunas veces los guías tomaban las cañas y pescaban directamente para demostrar cómo realizar el movimiento adecuado con eficiencia y elegancia, y en ese momento pensaba: «la caña, la línea y la mosca son sus instrumentos».

Luego le pasaban la caña a algún aprendiz, pero para mí, los guías seguían pescando. Ahora sus instrumentos eran la mosca, la línea, la caña y el aprendiz a quien daban sus instrucciones.

Observando la escena desde cierta distancia me preguntaba: «¿Sabrán la mosca, la línea, la caña, el novato y los guías que son instrumentos y que el que se divierte pescando es Él?».

Cuando Él quiere, pone además la trucha; en ese caso, fiesta para todos.

Cada vez que alguien pescaba, después de la consabida foto y de devolverle sana y salva su propiedad, pensaba que sería de ley sacarse el sombrero y, levantando la mirada al cielo, a las montañas y a los bosques que nos rodeaban, aprovechar la oportunidad para agradecerle y reconocer que, como siempre y para siempre, suyo es el reino, suyo el poder y la gloria.

Pescar de esta forma, ubica.

# Tranquilo nomás

Hace unos meses atrás, apareció un nuevo cuidacoches enfrente a casa.

Los martes y sábados, por doscientos pesos, ayuda además a uno de los verduleros de la feria a cargar el camión cuando finaliza la jornada.

Se llama Luis, al igual que el anterior cuidacoches del lugar que ahora trabaja de portero en un edificio del barrio. De aspecto desprolijo, con sus ropas gastadas por el uso de anteriores dueños, tiene claramente un bajo nivel intelectual. Su amplia y fácil sonrisa deja ver tan solo un par de dientes en su maxilar superior. En una bolsa de nylon blanca lleva todas sus pertenencias.

Hace unos días, en una de nuestras conversaciones, le pregunté cuantos años tenía. De la pequeña cartera que lleva atada a la cintura extrajo una billetera vieja con unos escudos de Peñarol pegados, y de dentro de la billetera, sacó una fotocopia plastificada de su cédula de identidad y me la dio.

Luis nació el 9 de febrero del año 1970, y el documento dice que no sabe firmar.

—¿Y el documento original? —le pregunté.

—Lo tiene mi hermana, que cobra la pensión —me contestó.

—¿Y dónde duerme, Luis?

—Ahí, abajo del ombú, tranquilo nomás.

*Tranquilo* es la palabra que más utiliza de su muy escaso repertorio, y lo hace en tres variantes: tranquilo, ahí tranquilo y tranquilo nomás.

Cada día que lo veo no salgo de mi asombro porque Luis es un verdadero milagro. No sabe su edad, no recuerda dónde nació, no sabe leer ni escribir, no sabe firmar y ni siquiera es capaz de hacer un garabato para el documento de identidad. Por si esto fuera poco, no tiene un centavo partido por la mitad ni dónde caerse muerto.

Sin embargo, hace 41 años que Dios increíblemente lo mantiene vivo, vagando solo e indefenso por este duro y competitivo mundo.

—La gente me da cosas y también de comer —me dice revoleando los ojos como si intentase señalar alguno de los apartamentos que están frente a nosotros—. Hoy comí polenta con tuco.

Cuando lo veo me siento avergonzado.

Me avergüenza la falta de confianza que delata mi asombro por su existencia.

Me avergüenza darme cuenta del miedo en que vivimos los que como yo creemos que acumulando más de lo que necesitamos, estamos más seguros.

¿Más seguros que quién?

¿Más seguros que Luis?

Luis es como los lirios del campo o las aves del cielo; seguramente Dios lo necesita. Yo sé que a mí también me necesita, pero la diferencia es que él vive de Su gracia y yo, en el fondo, vanidosamente, sigo creyendo todavía que las cosas que suceden en mi vida, dependen de mí.

¿Qué misión tiene Luis en este mundo?

¿Para qué apareció en la vida del barrio y en la mía?

¿Será tan solo para darme una buena oportunidad de ser más compasivo y generoso?

¿Será para enseñarme lo que es humildad y verdadero abandono?

¿Será para que vea realmente lo que es desapego?

¿Será para que aquilate el poder de Dios y aprenda a vivir con menos miedo?

No lo tengo claro aún.

Lo que sí tengo claro es que Luis es un mensajero, un sacramento, una señal.



# La vida y Dios

Misión en la vida no hay dos.  
Si Dios es la vida misma,  
buscar a Dios en la vida  
y vivir buscando a Dios,  
esa es nuestra misión.  
Buscarlo en lo cotidiano,  
verlo en el día a día,  
en el trabajo, en la gente,  
en un paisaje, una flor,  
un amigo o la familia  
porque todos somos uno:  
Dios, la vida y yo.

# Maestro, que yo vea

Le pedí a mi secretaria que me comprase varios libros sobre el tema sincronicidad, término acuñado por Carl Jung para designar sucesos conectados significativamente, pero sin una relación de causa-efecto.

De manera sintética, todos apuntan a la necesidad de estar atento como la condición básica e imprescindible para poder observar o darse cuenta de algo que está pasando todo el tiempo delante de nuestros ojos, pero que, por falta de atención, nos pasa desapercibido.

Se trata de eventos raros, coincidencias, premoniciones, *déjà vu*, inspiraciones, sucesos insólitos, palpitos, corazonadas, sincronicidades o como les quieran llamar. El tema es que cuando tenemos mucho ruido exterior —y en especial, mucho ruido en nuestra cabeza— es imposible percibirlos y por tanto, nos perdemos su significado, el mensaje que encierran, lo que nos quieren decir.

Más allá de la enorme cantidad de sugerencias que dan todos los expertos sobre dónde buscar o cómo hacer para percibir sincronicidades, todo puede resumirse a estar presente y atento. Luego recomiendan masticar lo sucedido para encontrar el significado más útil a nuestro progreso personal.

Estaba leyendo uno de esos libros cuando caí en la cuenta de la sincronicidad que voy a contarles.

El 7 de septiembre pasado, como todos los primeros miércoles de mes, concurrí a escuchar las reflexiones de un sacerdote que aprecio mucho. La primera de ellas versó sobre el episodio del Evangelio de Marcos, donde se relata el encuentro de Jesucristo con el ciego Bartimeo que transcribo seguidamente.

#### **El ciego Bartimeo recibe la vista**

Después llegaron a Jericó. Más tarde, salió Jesús de la ciudad acompañado de sus discípulos y de una gran multitud. Un mendigo ciego llamado Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado junto al camino.

Al oír que el que venía era Jesús de Nazaret, se puso a gritar:

—¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!

Muchos lo reprendían para que se callara, pero él se puso a gritar aún más:

—¡Hijo de David, ten compasión de mí!

Jesús se detuvo y dijo:

—Llámenlo.

Así que llamaron al ciego.

—¡Ánimo! —le dijeron—. ¡Párate hombre! Te está llamando.

Él, arrojando la capa, dio un salto y se acercó a Jesús.

—¿Qué quieres que haga por ti? —le preguntó.

—Maestro, que yo vea —respondió el ciego.

—Puedes irte —le dijo Jesús—; tu fe te ha salvado.

Al instante vio y se puso a caminar con Jesús.

Marcos 10: 46-52

No sé bien por qué razón, aquel relato que ya conocía caló muy hondo en mi corazón, al punto que me emocioné hasta las lágrimas al escucharlo.

Volví a casa cerca de las nueve de la noche dispuesto a releer el pasaje.

Si bien tengo varios ejemplares de la Biblia en distintos lugares de mi casa, elegí uno que, aunque está normalmente guardado en la valija de la computadora, por su tamaño y características de impresión, me resulta el más amigable. La abrí pensando que iba a tener que buscar un rato porque recordaba que era en Marcos, pero no el capítulo y menos el versículo. Para mi sorpresa, la abrí en la página exacta.

«Increíble», me dije, «qué fantástica coincidencia.»

Pero allí no termina la cosa.

Lo que hizo que la Biblia se abriese en ese lugar fue una pequeña cartulina en la que hice imprimir, hace ya mucho tiempo, una oración al Espíritu Santo en la que precisamente el pedido, como si fuese el de un ciego, se refiere resumidamente a ser guiado.

Parte de esta oración dice exactamente:

Enséñame lo que he de hacer, por dónde debo caminar y muéstrame lo que debo practicar... Sé tú el único inspirador y realizador de mis decisiones.

En mi forma de ver, de una manera diferente, pide como el ciego Bartimeo, «Maestro, que yo vea».

Aquel que reza la oración del Espíritu Santo pide inspiraciones, señales, mociones para guiarse, y precisamente es orientación y guía lo que brindan las sincronicidades a los ojos que de los que quieren y piden ver.

Cuando me di cuenta de que lo sucedido encajaba perfectamente en la categoría de sincronicidades me dije: «Este pasaje habla de mí, yo soy Bartimeo».

Le presté toda mi atención, lo mastiqué cuidadosamente, lo rumié, si cabe la expresión para un humano.

Pocos días después me llegaron otros dos libros que compré por una razón absolutamente ajena y sin aparente conexión con los libros sobre sincronicidad o el sermón que había escuchado. Ambos tratan el tema del sobrepeso.

¿Nada que ver con sincronicidades?

Pues, coincidentemente, ambos proponen, como mecanismo de remodelar el cuerpo y obtener otros beneficios para la salud, lo mismo que sugieren los libros de sincronicidad para conectar con la sabiduría del universo y recibir sus mensajes: en este caso, comer prestando atención plena a la comida, a las señales de nuestro cuerpo y a masticar bien.

En fin, no sé si lograré bajar de peso, pero me queda claro que si hay algo en lo que puedo colaborar para curar mi ceguera, es en prestar atención plena a lo que tenga entre manos, a lo que sea que esté viviendo.

Ni bien perciba algo que me parezca significativo, masticarlo, masticarlo bien con mi mente y mi corazón.

Como sé que lograrlo no solo depende de mí, todos los días incluyo en mis plegarias el pedido de Bartimeo, «Maestro, que yo vea», y cuando como me repito: «que pueda comer con gratitud y estando consciente para ser merecedor de esta comida».

# Salude con compasión

—Para venir a trabajar cada mañana, ¿le gustaría tener un auto como el de aquel señor y estar igual de bien vestido? —le pregunté a un cuidacoches amigo.

Viendo el auto y la ropa del joven que le señalaba me respondió con rapidez:

—Claro, ¿a quién no?

—Lo están tratando por leucemia —le dije.

—Ah, entonces no —me dijo al toque.

—Por eso hay que tener cuidado con lo que se desea —le dije— porque todo viene con todo y, como decía mi abuelo, «se ven caras y no corazones». No importa cómo luzca, qué auto tenga, de qué oficina o casa salga, con cualquiera que se cruce, salúdelo con compasión. Noventa y nueve por ciento de las veces estará acertado.

# Trigo y cizaña

«Cuidad de no practicar vuestra justicia [buenas obras] delante de los hombres para ser visto por ellos; de lo contrario no tendrás recompensa de vuestro Padre celestial.»

Mateo 6: 1

Con este pensamiento en la cabeza me fui a consultar al sacerdote que dirigía el retiro del que me encontraba participando.

«Mire, padre», le dije, «la verdad es que nunca hice tantas buenas obras en toda mi vida como en estos últimos dos o tres años, y ya tengo sesenta y tantos. Con eso, me siento bastante satisfecho. No obstante, siempre me queda un retrogusto raro que me tiene inquieto.

En realidad, cada vez que ayudo a alguien o hago algo aparentemente bueno, no estoy seguro de cuál es realmente la motivación de la que el hecho nace. Me parece que mi ego siempre está metido en el asunto. Por ejemplo, cuando visito a alguien enfermo o en la cárcel me pregunto: ¿Es por él o ella, o es por triunfalismo, para sentirme que yo estoy mejor, que estoy sano y libre?

Cuando le compro una máquina selladora al yuyero de la feria o un acordeón mejor al ciego que toca frente a mi ventana, o le consigo un trabajo estable al cuidacoches,



¿es realmente por ellos que lo hago o para que me lo agradezcan, para sentirme más bueno y que los que se enteren de lo que hice me elogien?

Cuando leo la Biblia ¿lo hago solo para mejorarme espiritualmente o para, llegado el caso, mostrar erudición, para poder luego debatir sesudamente?

Mis charlas, en las que toco temas profundos, filosóficos y espirituales ¿son un apostolado o un lucimiento personal, una demostración de mi grado de evolución humana?

Cuando no quiero dar más cursos, en especial en el extranjero ¿es que quiero que otros integrantes de mi organización crezcan y se luzcan, o que estoy viejo, cómodo y perezoso?

Me parece que estoy igual que cuando me había propuesto ser mozo del Trouville para ganar en humildad y un amigo me dijo: "¿Vos no querrás que todos digan, qué fantástico el Dr. Decaro?". Como sentí que mi amigo tenía razón, en aquel momento hice dos cosas, decidí no pedirle el trabajo a don Cabrera y escribí "Las mil caras de mi habilidoso ego", relato que publiqué en *El día que desperté dos veces.*»

«Como verá», le dije al sacerdote, «creo que después de muchos años, estoy incambiado. En fin, la lista es larga, pero todo es lo mismo. ¿Usted qué opina?»

De forma resumida, lo que el sacerdote me dijo o lo que yo le entendí en aquel momento fue lo siguiente:

«Solo naciendo nuevamente o cambiándote el corazón por uno nuevo podrías tener pureza total de intención. Eso no está al alcance ni de los santos.

Cuando uno hace una buena obra, hay tres elementos en juego.

Uno, es la intención con la que se realiza, otro, es la acción en sí misma y por último, el resultado que puede o no ser el esperado.

Para los comunes mortales, la intención siempre es turbia, siempre tiene esa mezcla que te mortifica.

Los resultados, por otro lado, no están bajo nuestro control, nadie puede saber a ciencia cierta las consecuencias en el tiempo de cualquier cosa que hagamos; por lo tanto, lo que cuenta es la acción.

Si la acción es buena, si ayuda al bienestar de la otra persona, aunque tenga un componente de ego entreverado, debemos seguirlas haciendo. Punto.»

Salí de la entrevista con una sonrisa asomando en mis labios porque descubrí a mi ego jugándome una nueva mala pasada: querer ponerme ansioso con el ideal de santificación que él mismo inventó, con su creación sobrexigente de cómo debería ser una persona caritativa.

Estaba caminando por el parque que rodea la casona en la que se desarrollaba el retiro cuando vino a mi mente la parábola del trigo y la cizaña, y como no la recordaba exactamente, me dirigí a mi cuarto donde tenía un ejemplar de la Biblia y me puse a leer.

Dice así:

Jesús les refirió otra parábola, diciendo: El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.

Mateo 13: 24-30.

Paciencia alma mía, me dije,  
perseverancia y aceptación,  
porque trigo y cizaña,  
eso soy yo.

# ¿Machista, yo?

Habíamos finalizado un Taller de Negociación exclusivo para dos numerosas familias patriarcales de un país latinoamericano, cada una de ellas encabezada por un hermano, poseedores de una gran fortuna y dueños y administradores de varias e importantes empresas.

Uno de los hermanos se jactó de que a ninguno de sus diez hijos jamás le había cambiado un pañal. «Esa es tarea de mujeres», dijo categóricamente.

«¡Qué machista!», pensé.

Llegué a la sala VIP de la aerolínea que me transportaba y, desde mi último viaje, habían reformado todo el local. Pregunté en el mostrador de recepción dónde quedaba el baño para caballeros y, luego de recibir las indicaciones, me dirigí al lugar.

Cuando entré y me acerqué a las piletas, a mano derecha, plegado contra la pared, había un cambiador para bebés. Rápidamente salí para mirar el dibujo de la puerta pensando que, distraído, me había equivocado de baño.

No fue así, estaba en el baño para hombres. En lo que estaba mal ubicado era en la categoría que poco antes me había adjudicado.

«¡Qué machista!», pensé.

# Qué haría yo sin ellos

Viernes a las siete de la tarde era el día y la hora de comienzo de mi esperado retiro de silencio. En realidad, la actividad comenzó una hora más tarde de lo informado con unos anuncios de los organizadores.

A las ocho y media tuvimos la cena durante la cual todavía se podía hablar. Después de esta, continuaron los anuncios e instructivos. Algunos eran acerca de temas sustantivos del retiro y otros eran de tipo logístico tales como el funcionamiento de la alarma de la puerta del fondo que da al jardín, la forma de utilizar los implementos de la kitchenette ubicada en el primer piso, los horarios del comedor, etc.

Al término de esta exposición, comenzó la ronda de presentaciones que incluyó a los facilitadores. Éramos en total 26 personas.

Como de costumbre, los primeros en presentarse anclan el tipo de información que los siguientes van a compartir así como su extensión, lo que hace que de ahí en más, todo sea una aburrida repetición. A cada presentación me sentía más molesto e impaciente por comenzar a hacer silencio, al punto que cuando me tocó el turno de presentarme, fui quizás groseramente breve, mostrando con los hechos mi objetivo de parar de hablar.

«¿Qué parte de hacer silencio no entiende esta gente?», me preguntaba.

Pocos minutos después, recordé una de las frases de «Mi versión del Padrenuestro» que dice: «Permite que reconozca mis miserias y mis ofensas para que pueda comprender y perdonar las miserias y las ofensas de los otros», y comencé a serenarme pensando en utilizar el retiro para reflexionar sobre este punto.

Al segundo día por la mañana, estaba sentado en una cómoda silla de jardín en el enorme y precioso fondo de la casona. Era un espléndido día soleado de abril.

Quizás la majestuosidad de los frondosos árboles, el canto de innumerables pájaros, el vuelo de las mariposas, los perfumes de las flores del lugar hicieron que de pronto me sintiera poco merecedor de aquel privilegio.

«¿Por qué a mí?», comencé a preguntarme.

«¿Por qué estoy aquí, sentado en este hermoso lugar, tan bien atendido, haciendo lo que realmente quiero y que me beneficia en lo más profundo de mi ser? ¿Qué he hecho yo para merecerme esto?»

Me sentí, sin saber el porqué, un elegido, un bendecido.

En eso estaba cuando llamaron a una caminata contemplativa, y luego de recibir unas breves instrucciones, todos comenzamos a caminar.

En un determinado momento, me aparté un poco y comencé a observar al grupo y no al entorno. De pronto, me di cuenta de que entre ellos había varias personas muy

jóvenes, casi adolescentes, y en el otro extremo había otros ya entrados en años que se movían con gran dificultad y caminaban utilizando bastones y aparatos ortopédicos.

«Estos jóvenes han renunciado a la diversión y las frivolidades habituales de su edad para estar acá», pensé. «¿Y los más viejos? Vinieron decididos a olvidar sus achaques y a superar los dolores para caminar meditando juntos en silencio.»

«¡Qué meritorios!», me dije, «¡qué comprometidos!»

Pocos minutos después, cuando volví a mi sillón, comencé a sonreír de tal manera que pensé que si alguien me estuviese mirando diría que estaba loco. En realidad, sonreía porque repentinamente tuve la respuesta a mis preguntas y la clave para realizar mi objetivo del retiro.

Yo estaba allí por ellos. Ellos lo hicieron posible.

Si no hubiesen asistido, yo tampoco hubiese podido. No me refería a los organizadores, me refería a todos ellos.

Me di cuenta de que no estaba ahí tan solo porque había pagado por mi lugar. Así como el pan que tengo en mi mesa no es el fruto de mi dinero, sino del trabajo duro de muchas personas, un regalo del universo, la tierra, el cielo y de muchos seres vivos, aquel privilegio del que estaba disfrutando era un regalo de esos que el día anterior juzgué, critiqué y menosprecié.

Después de un largo rato, cuando paré de sonreír, comencé a mirarlos con otros ojos, más comprensivos, más compasivos y, sobre todo, más agradecidos.

# Unas amigas inseparables

Paz y humildad siempre andan juntas.  
Soberbia e inquietud también.

# Mejor ser minucioso que tratar de ser perfecto

Nuestro Ser no se enriquece meramente por la actividad y la experiencia.

Todo depende de la calidad de las mismas. Haciendo cosas inadecuadamente, nos hacemos menos reales.

Thomas Merton, monje trapense

Cuando quiero ser perfecto, es mi robot quien comanda mis programas infantiles. Hay una voz que me dice: «Si no es perfecto no sirve, si no te sale perfecto, más vale que no hagas nada».

Cuando estoy siendo minucioso soy consciente, es mi adulto el que conduce, me observo a mí mismo haciendo todo serenamente, con atención y concentrado.

Cuando quiero ser perfecto, mi ego apuesta al resultado y la vida en el camino es motivo de ansiedad o de angustia. En el mejor de los casos, no existe.

Cuando estoy siendo minucioso, mi espíritu está en el proceso, estoy vivo, presente, y cada paso de la tarea más simple fluye en un suave torrente de elegancia y armonía. Lo que estoy haciendo y yo, somos íntimos.

Cuando quiero ser perfecto tengo el sufrimiento garantido porque siempre termino desconforme. Nunca logro tener éxito. Compito, comparo y pierdo.

Cuando estoy siendo minucioso, siempre me va bien, y al terminar lo que sea, haya quedado como haya quedado, me siento en paz.

Sé que he puesto lo mejor de mí, confiando en que Dios va a poner el resto. Si no lo hace, es su responsabilidad y por algo será.

Cuando quiero ser perfecto, seguro estoy dormido.

Cuando estoy siendo minucioso estoy orando, medito.

Para seguir la recomendación de Merton, es mejor ser minucioso que tratar de ser perfecto.

Cuando esté preparando el mate, cuando pele una fruta o cuando vaya al baño, hágalo como si fuese la cosa más importante de su vida, hágalo minuciosamente.

*Minucioso:* Que se hace con gran cuidado, detalle y atención empleando tiempo y paciencia para que salga bien. Meticuloso. Concienzudo.

# El relojito suizo

Una tarde del invierno pasado, mi esposa se dispuso a ir hasta la casa de Gabriela, nuestra hija, que vive a un par de cuadras de distancia.

Se colocó la bufanda, unos guantes de lana y una chaqueta de abrigo gruesa de color negro. «Vuelvo en aproximadamente una hora», dijo, e intentó mirar su reloj, el que normalmente usa en su muñeca derecha. Como no lo vio, levantó un poco la manga del abrigo tan solo para descubrir, con sorpresa, que allí tampoco estaba. Se trata de un relojito de oro muy bonito que Lilian compró en Suiza hace cerca de veinte años atrás.

«Qué raro», dijo, y comenzó a buscarlo en los lugares donde habitualmente lo deja.

Buscó cerca de la pileta del baño, en la mesita de luz, en la mesita del living que queda entre los sillones donde tomamos mate, y nada.

Ahí me sumé a la búsqueda.

Luego de repasar los mismos lugares, como si una sola mirada no fuese suficiente para ver un reloj, comenzamos a revisar lugares un tanto más bizarros. La repisa de mármol del duchero, la parte de arriba de la heladera, sobre el horno de microondas, la mesa que sostiene el televisor, incluso en una cajita que tiene en uno de los cajones del ropero, y nada.

Comenzamos a intranquilizarnos un poco, aunque no demasiado.

Lilian decía que si lo había perdido, lo tenía que haber perdido dentro del apartamento ya que hacía un rato creía haber mirado la hora y, por supuesto, lo tenía puesto.

«Bueno, me voy. Luego lo busco», dijo, y salió mientras yo seguí de a ratos repasando con mi vista distintos lugares del living comedor.

Cuando llegé a la casa de Gabriela se comenzó a quitar los abrigos y, hete aquí, apareció el reloj que había quedado oculto bajo el puño del guante de lana.

—Encontré el reloj —me dijo por teléfono.

—¿Estaba en lo de Gaby? —le pregunté.

—No —me contestó—, lo tenía puesto. ¡Que suerte!

Ambos nos reímos un rato y volvemos a hacerlo cada vez que recordamos el episodio.

Es claro que aquel día Lilian y yo fuimos capaces de crear nuestra propia sensación de pérdida, luego de búsqueda y finalmente, sentir la felicidad del hallazgo de algo que jamás habíamos perdido.

Podríamos decir que lo que era real quedó oculto, porque lo falso nos pareció verdadero.

Hoy creo que el camino espiritual de muchos humanos recorre las mismas etapas.

Durante mucho tiempo creemos que somos nuestra personalidad, representamos roles en una historieta, vivimos lo falso como verdadero hasta sentir que hemos perdido totalmente nuestra felicidad y la paz naturales.

Durante otro período creamos nuestra propia ansiedad de búsqueda y, si la vida nos lo permite, llegado el momento, experimentamos una también creada sensación de recuperación de la paz y armonía interiores.

Sin embargo, como el reloj en la muñeca de Lilian, nuestra felicidad siempre estuvo allí, solo que cubierta por los disfraces y las máscaras de nuestros personajes (para el caso, el puño del guante). En general sufrimos atrozmente durante años, y luego buscamos con ansiedad y hasta desesperación despertar de la pesadilla de la vida, cuando solo es necesario eliminar la ignorancia, (levantar el puño del guante), descubrir y abandonar los personajes.

Ver lo falso como falso, eso es lo verdadero.

# A mi ego le encantan los ingenuos

Muchas personas me han elogiado por tener la valentía de exponer en mis libros algunas de mis debilidades.

Tengan cuidado porque a mi ego le encantan los ingenuos.

El que habla de sí con complacencia, empieza por colocar su yo sobre un pedestal cual si fuera un simulacro y después se transforma en sacerdote del ídolo que ha levantado, procura con arte vestirle de luz y sombras; las sombras tienen que ser tales que no oscurezcan, sino que sirvan de fondo oscuro a las luces para que se destaquen más, esto es, no tiene inconveniente en decir algo malo de sí mismo para dorar y hacer aceptar más fácilmente y sin examen, todo lo que dice de bueno y favorable.

Por tanto, el que habla mal de sí para que resulte alabanza, necesita de cierto arte para que no se vea la urdimbre de lo que trama.

*Las confesiones de San Agustín*  
Traducción de P. Francisco Mier

# Un día de m...

He decidido recoger los excrementos que los perros de mis vecinos dejan en el parque frente a mi domicilio.

Como utilizo casi a diario el lugar para leer y tomar mate con mi esposa, prefiero dedicar un rato a la limpieza de estos desagradables residuos que caminar esquivándolos todo el tiempo, o percibir su presencia y su aroma constantemente mientras estoy sentado.

Más allá de estos aspectos prácticos, me he tomado esta recolección como un escalón de mi desarrollo personal, como un ejercicio espiritual. Con la esperanza de ganar en autocontrol, paciencia y humildad le pido a Lilian que me enfunde la mano derecha con dos bolsas de nylon recicladas, y utilizo una tercera en la mano izquierda para poner lo que recojo con la derecha.

Silenciosa, lenta y minuciosamente realizo mi tarea por toda el área. Busco con cuidado, como si fuesen tréboles de cuatro hojas, y al finalizar, tiro todo en alguno de los basureros que existen por todo el parque.

Unos días atrás, me senté a leer a la sombra de uno de los palos borrachos que a esta altura del año están desprendiendo sus flores y le dan al entorno un colorido muy especial.

Uno de los jardineros de la empresa que cuida el parque estaba recogiendo hojas secas en grandes bolsas plásticas negras, y le pregunté si entorpecía su trabajo sentándome en ese lugar. Me respondió que no y comenzamos un diálogo.

En realidad, más que un diálogo fue un monólogo en el que este hombre se quejaba amargamente de la cantidad de papeles, bolsas, botellas, envases de todo tipo, vasos de plástico y otros residuos que la gente deja en el predio, así como de los grafitis que aparecen por doquier y los destrozos de bancos y papeleras. No podía entender cómo gente de buen nivel sociocultural y económico tenía esa clase de comportamientos.

Entre otras cosas, me dijo que habían tenido que instaurar un día al que llaman «un día de m...» para recoger excrementos de perro a fin de que, cuando cortan el césped con las máquinas y en especial con las bordeadoras, no los salpiquen.

En ese momento le comenté que yo era un colaborador honorario de ese día especial.

Para mi asombro, visiblemente sorprendido me dijo:

—¿¡Ah, es usted!? ¿Usted se sienta algunas veces a tomar mate con una señora?

—Sí—le contesté.

—Mi jefa me habló de usted. Le voy a contar que lo conocí.

Esa mañana me sentí contento y con renovado entusiasmo para continuar con mi aparentemente despreciable labor.

Ayer, al regresar a casa uno de los porteros me dijo sonriendo: «Don Julio, como esta semana no cruzó a tomar mate, me parece que cuando cruce va a tener que juntar el doble.»

«¡Qué interesante!», le comenté a Lilian en el ascensor mientras nos reíamos del profético comentario. «Ninguna acción, por insignificante que parezca, le pasa inadvertida al Universo», pensé.

Hoy bajamos nuevamente a tomar mate y pude comprobar que el portero tenía razón.

Cuando estaba terminando la insalubre tarea, un par de muchachos me observaban extrañados, sentados sobre una de las enormes raíces del ombú más grande del parque.

Uno de ellos, que claramente no pudo contener su curiosidad, me preguntó:

—Don, ¿para qué los junta?

—Solo para tirarlos —le contesté, mientras me desprendía con cuidado de la maloliente carga y, en especial, de mi improvisado guante en el basurero cercano.

—Habría que hacer como en España —me dijo—, ahí les ponen unas multas bárbaras.

—Posiblemente tengas razón —le respondí; y luego de desearles felices Pascuas, porque hoy es sábado santo, volví a contarle a Lilian lo ocurrido.

Claramente sigo cosechando, y no solo excrementos.

Para los que transforman la caca en flores, todas son flores.

La iluminación es un reencuadre.

# Somos los dueños de un tesoro

No hace mucho tiempo, ayudamos a otras personas a hacer un excelente negocio que pudimos haber hecho nosotros.

Lilian y yo nos sentíamos felices y en paz.

Con ese motivo le escribí estas breves líneas sobre lo que creía que eran las razones profundas de nuestra serena alegría.

Lilian:

En este episodio llevamos adelante un proceso impecable porque:

Fuimos capaces de vivir una experiencia de generosa relación.

Supimos resistir la tentación del deseo, de la avaricia, del afán de poseer.

Fuimos expresión de la prudencia, la templanza, la ecuanimidad.

Sostuvimos congruentemente con los hechos, lo que decimos.

Y, por encima de todas las cosas, porque una vez más, en el proceso de tomar decisiones, reforzamos la potencia de nuestra amorosa relación; bendición del cielo.

En fin, no habremos hecho un negocio, pero somos los dueños de un tesoro.



# Muchas veces tengo miedo...

... y si tengo miedo es que no recuerdo quién soy y conviene que me lo repita:

Yo soy el hijo amado de Dios, en mí Él se complace.

# ¿Querés que te dé un estatequieto?

Esta era una expresión que se utilizaba con cierta frecuencia en mi casa cuando yo era niño. La otra que se utilizaba como sinónimo era: ¿Querés que te dé un sosegate?

Cuando mi hermano, yo o ambos nos pasábamos de la raya y alborotábamos demasiado el avispero, cuando transformábamos la casa en un infierno, esta era la advertencia que recibíamos cuyo objetivo era, evidentemente, que hiciésemos menos ruido, que nos calináramos, que nos serenásemos.

Como es lógico, no hay una definición precisa, y mucho menos de diccionario, de lo que *sosegate* o *estatequieto* significa, pero dependiendo de de quien viniese, para mi hermano Pancho y para mí, podía significar cosas diferentes.

Si venía de mi abuelo Miguel, seguro que era una broma; puro amague.

Si venía de mi madre, muchas veces era concomitante a ese golpecito rápido y preciso en la parte posterior de la cabeza, parecido al clásico coscorrón, pero no muy fuerte, dado con la mano abierta en lugar de con los nudillos y utilizando los cuatro últimos dedos.

Si, como era nuestra costumbre, insistíamos con la agitación, las discusiones y el caos, aquel gesto era premonitorio de una buena paliza dada con todos los dedos incluidos o en su defecto, con una de sus chancletas.



Como comprenderán, en aquel entonces no me gustaba nada escuchar la mencionada sentencia. Hoy, y después de muchos años de una vida de inquietud y desasosiego como la que vivimos la mayoría de los humanos de estos tiempos, tengo una idea distinta.

Creo que a muchos de nosotros, aún de grandes, nos sigue viniendo bien un sosegate de cuando en cuando, y creo que si ya no están nuestros padres, o ellos no pueden dárnoslo, Dios se toma ese trabajo.

Estoy convencido de que cada tanto nos da un toquecito en la cabeza para que paremos y reveamos lo que estamos haciendo.

Lo malo es que, como pasaba con mi hermano y conmigo, frecuentemente no prestamos atención al llamado; insistimos en el desorden y el caos. Estamos tan ensimismados y ofuscados con las idas y venidas de nuestras agitadas historietas y con tanto ruido interior y exterior, que difícilmente podemos escucharlo.

En ese caso, después de varios intentos, a algunos elegidos nos da una buena paliza, con o sin zapatilla. Nos quebranta la salud, nos hace perder el trabajo, nos quita nuestros ahorros, nos mete presos, nos pide que le devolvamos algo que apreciamos o a alguien que amamos y aún así, muchos continuamos refractarios a su mensaje.

¿Por qué?

Porque para escucharlo hay que hacer lo que me pedía mi madre: hay que parar, quedarse quieto y hacer silencio.

Adentro de un shopping o de una discoteca es difícil escuchar; «Dios le habla al alma en paz».

«Estate quieto y sabe... yo soy Dios.»

Salmo 46

# Alcanza y sobra

«Hay que compartir», le decía enfáticamente mi nieto Facundo, de escasos 5 años, a su hermano, Ignacio, de 3.

Ya no recuerdo a qué cosa o juguete se refería Facundo, pero recuerdo haberle dicho a mi yerno Leonardo, que observaba la escena junto conmigo, «al menos la teoría se la sabe bien».

Imaginen hace 2000 años un Maestro que lograba congrega multitudes a las que les enseñaba cosas y curaba a los enfermos.

Imaginen delante de él, 5000 hombres, sin contar mujeres y niños. ¿Cuánta gente sería hoy? Quizás millones.

Imaginen al caer la tarde a toda esa gente cansada y con hambre, y el siguiente diálogo con sus discípulos más allegados que comienzan diciéndole:

El lugar está deshabitado, y la hora es ya pasada.

Despide, pues, a la gente, para que vayan a los pueblos y se compren comida.

A lo que el Maestro les responde: «No tienen por qué marcharse; dadles vosotros de comer.»

Dicen ellos: «No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces.»

Él dijo: «Traédmelos acá.»

Y ordenó a la gente reclinarse sobre la hierba; tomó luego los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición y, partiendo los panes, se los dio a los discípulos y los discípulos a la gente.

Y resulta que: «Comieron todos y se saciaron, y recogieron de los trozos sobrantes doce canastos llenos.»

Imaginemos hoy en día una multitud de millones siguiendo a un Maestro, cansados y con hambre al atardecer de un largo día.

Si esa multitud representase la población del planeta, seguramente habría muchos que no habrían llevado nada para comer, unos cuantos que habrían llevado lo necesario para ellos y su familia y, seguramente, aunque muchos menos, habría algunos que habrían llevado comida en abundancia o, al menos, comida de sobra.

Imaginen ahora que el Maestro, aunque pudiese realizar un milagro para alimentarlos a todos, quisiese darles la última lección del día y le dijese a la gente que se reclinen y descansen, y ordenase a sus discípulos que lo poco que tienen, luego de bendecirlo y dar gracias, lo compartan.

¿No sería sensacional que en lugar de realizar una proeza imposible para los comunes mortales que lo seguían, les estuviese enseñando algo vital y al alcance de todos?

¿No sería posible que si todos compartiesen, siguiendo el ejemplo del Maestro, al final comiesen todos y sobrasen muchos canastos?

Luego pensé: «¿No será posible que aquel Maestro nos esté hablando aún hoy a la humanidad entera diciéndonos como mi nieto Facundo, hay que compartir?»

De practicar ese consejo, se trate de panes y peces o se trate de lo que se trate, seguro que, por los siglos de los siglos, alcanza y sobra para todos.

# El origen de la fe

La fe nacida de la comprensión es amor y libertad.  
La fe que asienta en la ignorancia es miedo y  
esclavitud.

# El carnaval de la vida

No sé qué edad tenía, pero seguramente no más de 4 años, cuando a mis padres se les ocurrió la «feliz» idea de disfrazarme de pollito para una fiesta de carnaval.

A esta altura de mi vida, como comprenderán, no estoy seguro de si lo que recuerdo, lo recuerdo realmente, o si lo que recuerdo son los comentarios de las reuniones familiares en las que frecuentemente se referían a este episodio diciendo:

«¿Te acordás cuando disfrazamos a Julito de pollito?»

«¿Te acordás cómo se arrancaba las plumas?»

«¡Qué rabieta se agarró!»

De hecho, no tiene importancia si el recuerdo es directo o no, porque aún ahora me parece sentir las puntas de las plumas pinchando mi cuerpo transpirado, y con mi cara chorreando sudor, me veo llorando furioso y arrancándomelas como podía.

Más de sesenta años después, los disfraces que aún uso me pican y me hacen transpirar y, aunque me incomodan quizás más que aquel de pollito, ahora ni siquiera tengo la excusa de mi corta edad ni la del desatino de mis padres.

Pasé mucho tiempo pensando que los disfraces de los otros eran mejores que los míos, que no les picaban, que no los hacían transpirar; anhelaba conseguirlos y luchaba por ello en lugar de seguir arrancándome los míos a manotazos, como hacía de chico.

Recientemente estoy mejorando.

Ahora sé que todos los disfrazados sufren, sea lo que sea de lo que se disfracen y por mejor que disimulen. Lo bueno es que, aunque no sé si algún día voy a tener el coraje de andar desnudo, al menos ya no ando envidiando a otros mascaritas y, de cuando en cuando, hasta me animo a sacarme la careta y respirar aire fresco.

# Pocas pero claras

Si por una de esas cosas de la vida le ha tocado despertar del sueño de este mundo, es razonable dudar de sus creencias, interpretaciones y conclusiones, trascender la dualidad de los opuestos y, dentro de lo posible, tomar el camino del medio.

Ahora bien, si de vivir adentro del sueño se trata, entonces nada de dudas, nada de camino del medio, nada de cuestionar divisiones ni de dejar de tomar partido. Para poder sobrevivir en este mundo hay que tener algunas cosas claras.

Pocas pero claras.

En los ambientes militares este arte es bien conocido y compartido.

Allí:

A los cañones se les pasa por atrás.

A los caballos por adelante.

De la cocina, bien cerca.

De los superiores, bien lejos.

Todo lo que se mueve se saluda.

Todo lo que esté quieto se pinta de blanco.

En el ambiente civil cada uno tendrá que tener su propia lista, pero, para reducir la complejidad y el caos, siempre es conveniente contar con una guía clara.

Con mi amigo Mariano tenemos la nuestra.

La pasta frola es de dulce de membrillo.  
Las croquetas son cilíndricas; esféricas son las albóndigas.  
Las empanadas son de carne.  
Los backs defienden, los forwards atacan.  
Los malos se visten de negro, los buenos, de blanco; caballo y sombrero, ídem.  
El helado mixto es de chocolate y crema.  
Todo lo que no es un sí categórico, es un no.  
Ante la duda, tocá todo.

Para entendernos bien, la pasta frola de dulce de leche no existe, al igual que el mixto de frutilla y crema. Para mí, son como los faunos o los centauros, seres mitológicos, fantasías, creaciones de mentes febriles.

Aquellos a los que les gustan esas combinaciones, si quieren realmente que cobren vida, que existan, pónganle otro nombre como, por ejemplo, torta de dulce de leche con enrejado de masa por encima o dúplex de frutilla y crema, pero no mixto o pasta frola.

Nada de líberos ni volantes, nada de personajes como El Zorro (el bueno vestido de negro) porque son confusos y confunden.

Tampoco es cuestión de andar todo el tiempo eligiendo, porque ¿cuándo elije uno? Uno elije cuando está confuso y si hay claridad, no hay elección.

Aún ante la duda, hay acción; de ahí lo del «sí y el no» y aquello de «tocá todo».

No se deje confundir, porque por más vueltas que le dé, una mente confusa solo puede hallar cosas que la confundirán más.

Agregue a la lista lo que quiera o cree la suya propia, pero recuerde: tienen que ser pocas cosas, pero claras.

No creo que esto lo ayude para vivir más en paz, pero le aseguro que al menos, como dice Borges, dará la apariencia de aplomo.

[...] no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros. Hablan en voz más alta, eso sí, y con el aplomo de quienes no conocen la duda.

Jorge Luis Borges

Por último, si de aclarar se trata, le recuerdo que:

La conciencia de la confusión no es confusa.

Darse cuenta de la confusión es el comienzo de la claridad.

# ¿Qué sugerencia me haría al respecto?

No tengo idea de cuántas veces he ido a misa en los 67 años de mi existencia en este mundo. Seguro no voy a aparecer en los récords de asistencia de la iglesia, pero tampoco fueron muy pocas.

De niño recuerdo haber ido regularmente solo en los tiempos cercanos a la comunión. Luego, cuando ya era un adolescente, recuerdo haber asistido a diario durante meses a la misa de la tarde en la capilla de Tierra Santa.

En ese momento iba toda la familia a pedir ayuda debido a un problema grave ocurrido en el trabajo de mi padre, y aunque no entendía el significado, me había llegado a aprender el tantum ergo de memoria.

Después, pasé un largo período sin pisar un templo, más que en ocasión de alguna boda o bautismo. Desde hace ya unos cuantos años concurre con cierta frecuencia a misa, aunque confieso que no lo hago todos los domingos.

Lo que sí recuerdo con precisión son las veces que me ha tocado leer un texto bíblico a la comunidad de fieles, y han sido dos veces.

La primera vez fue hace alrededor de dos años.

Concurrí a la parroquia de Don Bosco y fui a saludar al padre Rivero que se estaba preparando en la capilla del fondo para officiar la misa de las 12 horas.

Luego de saludarnos le dijo a una de sus asistentes: «Che, dale a Julito para que lea». Después, dirigiéndose a mí me dijo: «Che, Julito, leé despacio, entonando».

Así lo hice.

Leí prestando mucha atención, poniendo el énfasis que me pareció más adecuado a cada frase, para su más profunda comprensión. Quizás por eso recuerdo perfectamente el pasaje del evangelio que me tocó leer.

Ayer, al finalizar un retiro de silencio en el que participé, fue, como les dije, la segunda vez en la vida que me pidieron leer en misa.

Una de las señoras organizadoras del encuentro me preguntó si me animaba y le respondí que sí. Me acercó un libro y me marcó la lectura, que para ese domingo era Hechos 5: 12-16. Leí el pasaje como para prepararme un poco y me senté con el libro en mis manos.

Unos minutos después, reaparece la señora que me había encomendado la tarea y me dice que el sacerdote que iba a officiar la misa quería que se leyera otro pasaje distinto, y que el libro de lectura estaba abierto sobre el podio ubicado al costado del altar con un marcador en el lugar correspondiente.

Me acerqué al podio con la intención de darle una lectura previa rápida. Para mi gran sorpresa, el pasaje que el sacerdote había elegido era el mismo que leí en Don Bosco hace dos años y que transcribo a continuación:

#### **La vida de los primeros cristianos**

Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones.

El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar.

Hechos 2: 42-47

Lo leí con mucha atención, despacio, entonando como me dijo el padre Rivero.

Ahora bien: a usted, ¿qué le parece?

¿Será pura coincidencia?

¿Será simplemente que no lo leí bien la primera vez?

¿O será que hay otra lectura que tengo que hacer despacio y entonando en este pasaje?

¿Qué sugerencia me haría al respecto?

¿Qué le sugiere a usted el pasaje?

# Nada ni nadie pudo detenerme

«Ningún ejército puede detener la fuerza de una idea cuando le llega su tiempo» es una frase del laureado Víctor Hugo que tiene varias versiones, entre ellas, algunas menos bélicas como la que sigue:

«Nada ni nadie puede detener una idea a la que le ha llegado su hora.»

En realidad, nada ni nadie puede detener ninguna cosa a la que le ha llegado su tiempo, no solo a una idea. Con *ninguna cosa* me refiero a cualquier cosa, desde una gripe a una tormenta, desde una idea a un mosquito, desde una bacteria a un ser humano.

Alguien lo dijo hace más de 2500 años más o menos así:

Cuando todas las condiciones se dan, una cosa se manifiesta y no hay nada ni nadie que pueda detener esa manifestación. Sin embargo, cuando las condiciones desaparecen, esa cosa deja de manifestarse y nada ni nadie puede evitarlo.

Cuando se dieron todas las condiciones, cuando era mi tiempo, yo me manifesté y nada ni nadie pudo detenerme. Cuando las condiciones desaparezcan, yo dejaré de manifestarme de la forma en que hoy lo hago, y nada ni nadie podrá detenerlo.

«Eso sí», les digo a mis nietos, «cuando a ustedes les parezca que el abuelo ya no está, miren bien, porque si miran con cuidado lo verán en otras cosas, en una nube, en una flor, en los ojos de sus hermanos, en un libro, en una puesta de sol o en la sencilla bendición del pan en la mesa familiar.»

# Los últimos serán los primeros

Concurrí a escuchar a un renombrado expositor extranjero. Éramos algo más de sesenta personas inscriptas para el curso que duraba el día entero.

Fui de los primeros en llegar al lugar que estaba casi totalmente vacío, pero siguiendo las instrucciones del Maestro, que afortunadamente recordé en aquel momento, me senté al final del salón.

## **Los convidados a las bodas**

Observando cómo escogían los primeros asientos a la mesa, refirió a los convidados una parábola, diciéndoles:

Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: Da lugar a éste; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar.

Mas cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa. Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.

Lucas 14: 7-11

Al llegar a casa por la tarde, le comenté a Lilian lo bien que me había sentido:

«Es extraño», le dije. «En mis épocas de andar totalmente dormido, hubiese buscado afanosamente los lugares más destacados de las primeras filas, hubiese llevado mi máquina fotográfica para sacarme alguna foto con el orador y también alguno de sus libros, para tener su dedicatoria. Tampoco hubiese dejado pasar la oportunidad de hacer alguna pregunta que mostrara cuánto sabía del tema o que generase la sospecha de que podría saber más que el experto en cuestión.»

Esta vez por el contrario, me senté en la última fila y me dije sonriendo: «el Maestro tiene razón, acá lo único que puede pasar es que me llamen a pasar adelante; más atrás no me pueden mandar». «¡Qué diferencia!», le comenté, «porque en aquellos tiempos y con esos objetivos en mente, yo la pasaba realmente mal.»

Pocos minutos después de que tomase asiento en el salón, entra un querido amigo que yo no esperaba encontrar en ese lugar, pero cuya presencia no me sorprendió porque me había topado previamente con su esposa en la mesa de registraciones. Ella pertenecía al grupo de organizadores del evento.

Después de saludarnos, él se sentó a mi lado, también en la última fila.

En el primero de los intervalos me dice: «Mañana le hacemos al expositor un asado de homenaje en casa y me gustaría invitarte.» Aunque un poco sorprendido, acepté gustosamente.

Los cinco organizadores, entre los que se contaban los dueños de casa, el asistente del orador, otra persona y yo compartimos ese día la mesa con el invitado de honor.

Hoy, un día después del almuerzo, sorpresivamente caí en la cuenta de que al invitarme a su casa, lo que mi amigo realmente me dijo fue: «Amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa».

Su tan generosa como inesperada invitación hizo que en un instante pasara, sin siquiera pensarlo, del total anonimato a un sitio de preferencia, del último lugar a la silla junto al homenajeado con quien conversé mano a mano por casi un par de horas.

Acabo de llamar a mi amigo telefónicamente para reiterarle a él y a su esposa mi agradecimiento por tan agradable velada, y después de contarle esta reflexión le dije:

—Seguro que Alguien quiere que aprenda que «cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido».

—Seguro que ese alguien no fui yo —me contestó.

—No, vos solo fuiste su instrumento.

# El Tao del automovilismo

La vida es como el cinturón de seguridad de los autos. La mayoría de los días, nos lo colocamos automáticamente sin prestarle la más mínima atención.

La pieza de metal del cinto se desliza con fluidez hasta que suena el clic en la hebilla. Solo nos percatamos de la maniobra cuando el proceso se tranca. Tiramos como habitualmente y tac; con el cinto detenido bruscamente a mitad de camino, quedamos desajustados.

Aflojamos apenas un poquito, tiramos nuevamente con un poco más de fuerza y tac, se tranca otra vez. Nos molestamos; repetimos el gesto con más vigor y tac se tranca nuevamente. Insistimos y tac, se tranca una vez más.

Solo cuando nos serenamos, abrimos la mano y literalmente dejamos ir, podemos luego, con suavidad, hacer fluir la pieza de metal hasta lograr el ansiado clic en la hebilla.

Cuando Lao Tsé escribió el *Tao*, no había cinturones de seguridad ni automóviles, pero seguramente había tercios, testarudos y atropellados.

Para esos, entre los que me incluyo, fue que lo escribió.

# Como de costumbre

Hace unos días, mis dos nietos que viven en Montevideo vinieron a dormir a casa. Como de costumbre, luego de jugar un rato, se bañaron, cenaron y antes de dormir, también como de costumbre, les leí una fábula al final de la que les pido que me digan, según su entender, cuál es la moraleja encerrada.

Utilizo unas preciosas fábulas ilustradas, ingeniosas y sencillas llamadas *Fábulas para antes de dormir*. En esta oportunidad, Facundo eligió «El lobo marino amargado».

Luego de escuchar sus opiniones, les leo la moraleja que propone la autora y, si lo creo necesario, comparto algunas reflexiones al respecto. En este caso la moraleja propuesta era: «No conseguirás nada culpando a otros. Busca siempre la solución, no al culpable».

No digo que les di una clase porque a Facundo se le cerraban los ojos, pero sí les expliqué, de la manera más simple posible, la importancia de asumir nuestra responsabilidad y determinar nuestra contribución en los problemas interpersonales y la diferencia abismal en los resultados de asumir esta conducta, en lugar de tratar de poner afuera y andar culpando a otros.

Lilian y yo les dimos un beso, los arropamos y se durmieron.

El sábado siguiente, como de costumbre, crucé a la feria.

Para no caminar cargando innecesariamente muchas bolsas, a medida que voy comprando, voy dejando en la portería algunas de ellas, operación que repito dos o tres veces, para luego subirlas todas juntas.

Llegué a la cocina y comencé a desarmar las bolsas y paquetes. Al finalizar, me di cuenta de que me faltaba una bolsa con una docena de caramelos de miel con propóleo y dos paquetes de galletitas de jengibre, por lo que, como de costumbre, comencé a sentirme molesto.

Rápidamente llamé al portero por el intercomunicador para preguntarle por la bolsa y como no me contestó de inmediato, me irrité un poco más aún. Cuando logré comunicarme, me dijo que ahí no estaba, a lo que le pregunté si no se la habría entregado a algún vecino por equivocación. Me respondió que no.

Lilian, que escuchaba mi conversación desde la sala y seguramente intuía mi creciente enojo, me preguntó con gentileza si no la habría dejado en el puesto, a lo que, como de costumbre, le contesté airada y categóricamente que no, que imposible, que de ninguna manera.

Bajé decidido a revisar bien detrás del escritorio de la portería, seguro de que el portero no había mirado bien, aunque se trata de un espacio abierto donde es imposible confundirse si hay o no una bolsa de nylon blanca en el piso.

Como por supuesto tampoco encontré nada, y más molesto aún por la sospecha de que iba a tener que admitir alguna idiotez mía, crucé nuevamente a la feria.

Primero, pregunté en el puesto de los quesos que había sido mi segundo lugar de compra, y nada. Me quedé refunfuñando y pensando que si alguien la había visto quizás, en lugar de devolverla, se la había llevado.

Luego, me encaminé al puesto de los productos de miel que queda a pocos metros de distancia, y cuando estaba por llegar, el joven que lo atiende me esperaba sonriente y con el brazo derecho levantado, de cuya mano pendía, balanceándose, la tan mentada bolsa.

—Disculpe —me dijo—, no me di cuenta, nos pusimos a conversar y se me pasó dársela.

—Y a mí llévmela —le respondí—, no es nada.

En realidad sí era, ya que ahora tenía por delante la dura tarea de tener que admitir ante terceros mi bobera.

Para mi álbum de méritos, lo hice con dignidad, sin excusas, a lo macho: «Soy un pelotudo», dije, «la dejé en el puesto» y chau.

«Ah, apareció. ¡Que suerte!», me contestó el portero, visiblemente aliviado.

Lilian, como de costumbre, suavizando la situación, solo dijo «qué bueno», y me sonrió amablemente.

Ahora bien, en estas desafortunadas circunstancias para mi ego, mi enojo no se transforma en calma o en pena, solo cambia de dirección.

De estar enfocado hacia otras personas se enfoca en mí, porque es claro que me cuesta admitir que soy capaz de cometer tal clase de tontería.

Como la resaca me duraba un poco más que lo habitual, me senté a reflexionar.

De repente, recordé la escena de la lectura nocturna a mis nietos y la perorata que les di sobre los efectos perjudiciales de poner afuera y culpar a otros, y comencé a sonrojarme.

Como de costumbre, la moraleja de la fábula no era para ellos, era para mí.

«No conseguirás nada culpando a otros. Busca siempre la solución, no al culpable».

En ese momento agradecí a la Vida por la lección recibida, y más aliviado retomé mis actividades del día. Ahora, vuelto a la calma, me repito que:

La clave no es entender, es darse cuenta.  
Hace bien confesarse... y en eso estoy.

# La caldera y el reverbero mágicos

En el campito que ahora pertenece a mi hijo Pablo, en la tapera reciclada en la que ahora vive mi hermano Pancho, cerca de la boca de la estufa a leña, hay un reverbero y una caldera mágicos.

Es interesante, porque si alguien los mira a la ligera no daría por ellos ni dos cobres.

La caldera es de hierro fundido, está toda tiznada y el mango está, visible y hasta casi grotescamente, reparado.

Al reverbero que la soporta le faltan varios trozos del esmaltado que el herrumbre se ha encargado de cubrir y ni siquiera mechas tiene.

Sin embargo, y a pesar de su deslucido aspecto, yo sé que son mágicos y su valor es incalculable. En realidad, más que valiosos son sagrados porque cuando yo los miro... veo a mis abuelos.

«Todo es sacramento, signo, señal; depende de la forma de mirar.»

Leonardo Boff

# «Nada que hacer, ningún lugar a donde ir» Linji

A los extremistas como yo, algunas frases célebres como la del título suelen causarnos más problemas que beneficios. Leídas a la ligera, parecen indicar comportamientos del tipo todo o nada que tanto nos gustan. Sin embargo, estoy seguro de que no fueron creadas para lectores ansiosos o apurados a sacar conclusiones rápidas.

A mi juicio, la profunda sabiduría que encierran no se hace evidente ante una lectura superficial, sino mediante la reflexión calmada, perseverante y silenciosa.

Me queda claro que estas expresiones del maestro Linji se refieren al mundo de la mente, no al mundo exterior. Seguramente no está diciendo que no construyamos un puente que es necesario para cruzar un río o que no cocinemos para comer, o que no vayamos a trabajar a la oficina o que dejemos de realizar un viaje de vacaciones. No nos está proponiendo transformarnos en momias.

Por eso, después de rumiarla por bastante tiempo, hoy le doy a esta afirmación un par de interpretaciones que quiero compartir y que me llevan a conductas más sanas y razonables que las que se deducen de tomar la frase literalmente.



La primera la llamo «No va por ahí» y se refiere a los casos en los que la motivación para la acción se asienta en los finales, en las expectativas que ponemos en los resultados.

El problema al que apunta Linji, es a la creencia generalizada de que vamos a ser felices cuando salgamos de vacaciones, cuando conozcamos París, cuando logremos tener la casa propia, cuando alcancemos el aumento de sueldo o el puesto de jefe que tanto añoramos. Lo que la frase nos dice es que si pensamos así, más nos vale no hacer nada ni ir a ningún lugar porque jamás lo lograremos. Que no depositemos nuestras esperanzas de alcanzar la paz y la armonía en los logros mundanos.

Nos sugiere quitarle el poder a los resultados; actuar como si de lo que hacemos o no hacemos, no dependiese nada, al menos nada importante.

Tener algo que hacer o un lugar a donde ir para alcanzar la felicidad, no solo nos hace sufrir, sino que la posterga, ocultando las bendiciones que tenemos ahora. En realidad, no hay nada que hacer ni ningún lugar a donde ir para llegar al Reino de los Cielos que está en nosotros.

La segunda versión la llamo «Paremos el masoquismo».

Se refiere a los casos donde el origen de la motivación para la acción se encuentra en algún vacío que nuestro ego cree que tenemos que llenar. Esta versión es complementaria de la anterior y frecuentemente se dan juntas. Tiene que ver con la sensación generalizada en los seres humanos de estar siempre en falta, de sentir que no damos la talla y que si la damos, es por breves instantes.

Todo sistema familiar, laboral o social al que nos pongamos ajustarnos tiene sus estándares, sus patrones, sus ideales y la comparación es la regla de juego. Cuando nos comparamos, siempre estamos en falta, nunca estamos bien, somos criticados, nos sentimos culpables. Cuando excepcionalmente no es así, la alegría dura poco. El censor que una vez estuvo fuera, (padres, maestros, etc.) luego lo llevamos dentro y nos tortura eternamente con nuevas e incrementales exigencias.

Siempre estamos inconformes, insatisfechos.

Siempre sentimos que nos falta un vintén para el real y eso nos mantiene en movimiento constante y haciendo cosas para no sentirnos culpables.

No hay nada que hacer ni ningún lugar a donde ir, es la respuesta realista de un sabio a la voz del inconformista interior.

Nos dice que, por el contrario, debemos amar el lugar donde nacimos, lo que somos, lo que tenemos, lo que nos ha tocado, incluidas nuestras limitaciones. Se trata de aceptarnos tal cual somos, diciendo como el salmista: «Me ha tocado un lote hermoso y qué contento estoy con mi heredad».

Quizás Jesús hablaba de esto mismo cuando decía que hay que amar a nuestros enemigos. Posiblemente se refería a los enemigos internos, a nuestras voces interiores que nos reprochan ser o no ser de tal o cual manera, tener o no tener tal o cual cosa.

Amar a nuestros enemigos es aprender a aceptar nuestros límites, a convivir con nuestras bajezas, debilidades y deficiencias (con la sombra como la llamaba Jung).

Para conseguir eso, no hay nada que hacer ni ningún lugar a donde ir, solo quedarse quieto y en silencio, sin un plan para ser mejores.

Se trata por el contrario de perdonarse, tenerse compasión y misericordia y dejar de meterse violencia y hostigarse interiormente para cambiar.

En suma:

Si el hacer o ir a algún lugar tiene que ver con nuestra fantasía de conseguir la felicidad o la paz en esas metas, entonces, no hay nada que hacer, ningún lugar a donde ir.

Si el hacer o ir a algún lugar tiene que ver con satisfacer las voces interiores que nos dicen que tenemos que ser diferentes o mejores de lo que somos, que no estamos bien, entonces no hay nada que hacer, ningún lugar a donde ir.

En estos casos, hacer algo o cambiar de lugar es al santo botón.

En todos los otros casos, uno puede hacer lo que quiera o ir a donde quiera que no hay problema.

# De acá no se va nadie

De acá no se va nadie porque no hay ningún lugar a donde ir.

Nadie puede ir al cielo; en el cielo se está o no se está.

Nadie puede alcanzar la vida eterna porque no se puede, por medio alguno, alcanzar lo que ya se es.

Siempre he existido y por siempre existiré porque

«Yo y el Padre somos uno»

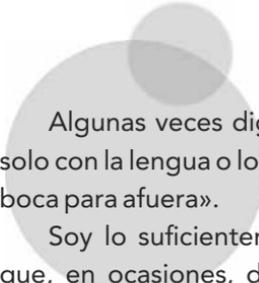
Juan 10:30

«No hubo, no hay, ni habrá en este universo, nada muerto; nunca, jamás».

*La clave*



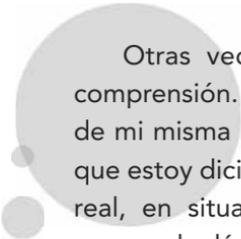
# Con la boca, con la mente, con el corazón



Algunas veces digo cosas importantes, pero las digo solo con la lengua o lo que corrientemente llamamos «de la boca para afuera».

Soy lo suficientemente inteligente como para saber que, en ocasiones, decir ciertas cosas queda bien o es correcto, o ajustado a la situación. Por ejemplo, durante mucho tiempo dije cosas acerca de la importancia de escuchar activamente. Comentarios en reuniones, exposiciones algo más largas acompañadas de algunos ejercicios en los talleres, en fin, siempre que cuadrara, sabía lo que decir al respecto. Incluso solía repetir frases hechas y lugares comunes tales como «Dios hizo al hombre con dos orejas y una boca, escuche el doble de lo que habla», o cosas por el estilo.

Sin embargo, y con más frecuencia que lo deseable, actuaba en la vida real de manera contraria a mis pregones. Salvo en las situaciones especiales en las que profesionalmente convenía y debía hacerlo, escuchar activamente brillaba por su ausencia en mis relaciones.



Otras veces logro escalar a un nivel superior de comprensión. Aunque las palabras necesariamente salen de mi misma boca, mi mente reconoce realmente que lo que estoy diciendo es así. Veo aquello que digo en la vida real, en situaciones y escenas cotidianas, y hasta me sorprendo dándome cuenta de la veracidad de mis dichos.

Para ejemplificar lo que les digo, les comento un episodio risueño que me ocurrió hace unos meses.

Estábamos sentados con Lilian desayunando en un lugar de grandes vidrieras exteriores. Yo había sido operado de mi mano izquierda hacía pocos días y tenía puesto una especie de yeso que cubría mi antebrazo desde el codo hasta casi la punta de los dedos. Una querida amiga pasó por el lugar y al ver el yeso, hizo algunos gestos de sorpresa y de curiosidad, y entró con toda la intención de preguntarme qué me había pasado.

Como siempre, nos saludamos cariñosamente y con Lilian le pedimos que se sentara junto a nosotros. Casi inmediatamente le pregunté qué noticias tenía de una hija que vivía en el exterior, tema siempre importante para los padres que viven esa condición. Pocos minutos después, nos despedimos cariñosamente porque tenía que seguir con sus actividades.

Por la tarde llamó a casa por teléfono para preguntar qué era lo que me había pasado con el brazo y a pedirme disculpas porque en la mañana había entrado al café a preguntarme y se había ido sin hacerlo.

«He aquí la magia de una buena pregunta y de escuchar atentamente», me dije.

Aún estoy en esa etapa en lo que se refiere a la importancia de escuchar. En realidad, no sé si la vida me está poniendo más situaciones de gente que realmente necesita que la escuche, o que como escucho de otra manera, descubro la necesidad que ya estaba y que antes no veía.

No estoy seguro de qué está primero en este caso, si el huevo o la gallina, pero tampoco importa. Lo cierto es que las oportunidades de apreciar la importancia que tiene escuchar profundamente se han multiplicado.

Me doy cuenta de que, increíblemente después de tanto tiempo de afirmar algo, aún me sorprende de su certeza, así como de verlo reflejado tantas veces en la vida. Es como si fuese un descubrimiento cuando no debiera serlo.

Por último, sé que algunas cosas las digo y las hago con el corazón, me salen del alma, no necesito pensarlas, son uno conmigo. Cada célula de mi cuerpo las hace y las hace elegantemente, sin esfuerzo alguno y sin que medie pensamiento, sin que me diga que conviene o que debo hacerlas, o que tengo que prestarles atención.

Creo en eso sea lo que sea, no con la boca, no con la mente, creo con el corazón.

Ni siquiera es necesario que diga que creo en eso porque lo vivo o *lo soy*.

Por supuesto, querría escuchar de esta forma, pero como me parece que este es un paso que ya no depende de mí, le pido a Dios que me ayude a darlo. También le pido que, si es posible, no me lo haga dar a lo bestia como suele hacerlo cuando quiere que una cosa me quede grabada en el alma.



Si comprendemos con la boca, la comprensión es muy poca.

Si comprendemos con la mente, aún no es suficiente.

Comprender con el corazón es verdadera comprensión.

# El pequeño piojoso que todos llevamos dentro

Era lunes por la mañana y yo estaba en Punta Ballena.

Abro mi laptop para bajar los correos del día y, entre ellos, recibo un aviso de mi secretaria diciéndome que ese día cumplía años Gabriel, uno de los seis integrantes del grupo de amigos que nos reunimos todos los días martes por la tarde, desde hace años, a reflexionar y filosofar sobre la vida y sus alrededores.

Estaba ya escribiendo un saludo cuando comencé a pensar que debía avisarle al resto del grupo, calculando que era probable que no lo tuvieran agendado. Casi instantáneamente apareció otra vocecita en mi cabeza diciendo: «No les digas nada, vos quedá bien y ellos que se jo...». «Hubieran estado atentos, vos te tomaste el trabajo y ellos...»

Cuando desperté, me sonreí.

«Una vez más te hice pica», dije, y me pareció verlo retorcerse tapándose el rostro con su capa, al estilo vampiro ante la luz de mi conciencia.

A quién *vi*, se preguntarán ustedes. Al pequeño piojoso que todos llevamos dentro.

Tengo la firme convicción de que cada vez que lo descubro se debilita un poco y que no tengo que hacer otra cosa que estar atento para sacarlo de las sombras; luego, sin más, dejarlo ir. Él sabe que lo tengo calado y yo sé que él, soy yo.

Por si a esta altura le quedan dudas, mandé el aviso a todos.

# Mi abuela Orfilia aún vive

Mi abuela Orfilia era una matrona grande y gorda, de espalda muy recta, lo que la hacía aún más imponente.

«Mas vale reventar que la comida tirar» es una de sus frases que más recuerdo, al igual que su penetrante mirada y su dedo índice en alto cuando me indicaba que me comiera la manzana, que tenía en mis manos, hasta que apareciesen los carocitos.

Tenía la costumbre de fundir los restos de los jabones de tocador que previamente juntaba en un recipiente. Luego de solidificada, cortaba aquella pasta en trozos con formas rectangulares, más o menos parecidas a los jabones de los que se había originado.

Aunque no exactamente igual, yo heredé esa costumbre. Pego el resto de un jabón a la nueva pastilla.

Para lograrlo, debo hacerlo en el tiempo justo porque Lilian, por el contrario, tira precozmente los jabones usados; tengo que anticiparme a tan opuesta actitud sabiendo que, por otro lado, no son fáciles de pegar cuando no están lo suficientemente gastados; no adhieren bien.

Tampoco puedo realizar la maniobra con cualquier jabón. Tengo terminantemente prohibido hacerlo con la jabonera del baño de visitas y, en general, también en otras piletas, excepto en mi duchero.

El jabón de la pileta del baño en que me ducho estaba a punto de caramelo para ser pegado. Por dos días consecutivos me acordé del tema cuando ya estaba bajo el agua, lo que implicaba que, para hacer la bendita maniobra, debía quitarme el jabón que ya tenía encima, cerrar la ducha y, sobre todo, secarme para ir a buscar el resto a la jabonera que queda a un par de metros de distancia.

Debo aclarar que en esas circunstancias mi tensión interna crece porque no sé en que momento va a pasar Lilian, reparar en el jabón gastado y, como consecuencia, adiós pegada.

Cuando recordé por tercera vez el tema estando ya bajo la ducha, comencé a decirme: «¡que pelotudo!», «¿cómo puede ser que otra vez me haya olvidado»? , «¡qué nabo!» y no sé que sarta de disparates más.

Cuando ya estaba a punto de salir para recoger el gastado fragmento, desperté.

«Joderse», me dije, «cómo puede ser que habiendo tantas cosas importantes que atender en esta vida —y en especial, disfrutar de esta ducha— yo me esté metiendo presión y torturándome con esta estupidez. Pelotudo soy si salgo a buscar ese jabón ahora.»

Acto seguido tomé mi baño de manera lenta y calmada.

Entiendo que sentir culpa o remordimiento en la medida adecuada, en circunstancias en las que hemos cometido un error importante, es decir, que hemos hecho algo que perjudica a otros, que nos retrasa en nuestro

crecimiento personal y espiritual, o que es moral o éticamente malo, es razonable y conveniente. Pero hacerlo con tonterías, no solo es innecesario, sino inadecuado.

Si para querer a otros es necesario quererse primero a uno mismo, castigarse interiormente con reprimendas inconscientes por idioteces fuera de tiempo y lugar, es un sacrilegio.

En fin, ahora que la descubrí, quizás lo más importante sea averiguar cuántas abuelas Orfilia viven en mí.

¿Cuántas veces al día me meto presión y me torturo con urgencias, restricciones, miedos o imposiciones de personajes de mi allá y entonces, ahora totalmente descontextualizados y obsoletos, pero que siguen dirigiendo mi vida desde el oscuro sótano de mi subconsciente?

Si de aceptarme, perdonarme y quererme se trata, tengo que estar atento porque es claro que mi abuela Orfilia aún vive.

Vive en mí, vive en mi mente y en mi corazón.

# Dios encarna a su antojo

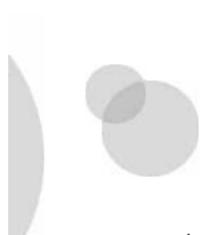
Yo creo que Dios utiliza a los genios para mostrarnos todo nuestro potencial y todo su poder, pero también para que nos ubiquemos.

Pareciera que lo hace para que sepamos a lo que podemos llegar cuando Él quiere y para que entendamos los límites de nuestro esfuerzo cuando queremos igualarlo.

Si no nos damos cuenta, si nos comparamos y competimos (sea en lo que sea) con los naturales, con aquellos a los que les otorgó el don, los esforzados estamos condenados a sufrir a mares.

Siempre intenté imaginarme cómo puede haberse sentido Antonio Salieri, por más esfuerzo que hiciese, siendo contemporáneo y viviendo toda su vida a la sombra de Mozart, un natural a quien seguramente Dios inspiraba.

Ahora bien, para tranquilidad de los esforzados de este mundo, es decir, para los que nos rompemos el alma para ser excelentes en algo, yo creo que Dios no solo encarna a su antojo, es decir, sin ajustarse a merecimiento alguno, sino que salvo excepciones, lo hace parcialmente.



Para no ponernos demasiado envidiosos o celosos, a los esforzados nos conviene siempre recordar que en el reparto de talentos, bienes terrenales o de cualquier otra cosa que tenga que ver con los aprecio mundanos, Dios utiliza una ley inexorable: «todo viene con todo».

No hay monedas ni panqueques de una sola cara.

Dios no premia con fortuna, belleza, poder o fama; ni siquiera con talentos. Con lo único que premia realmente es despertando, y aún así, no todas son flores.

# Intacto

En mis épocas de energúmeno me interesaba que la gente me elogiara por mi inteligencia, por mi infatigable capacidad de trabajo, por la facilidad y eficiencia en mi toma de decisiones, por la voluntad, el tesón y la perseverancia que le ponía a todas las cosas que emprendía.

Ahora que por suerte me siento más compasivo, más bondadoso y caritativo; ahora que estoy más calmado y que comprendo más las enseñanzas espirituales de los grandes maestros iluminados de la humanidad, quiero que me elogien por esto.

En suma, sigo intacto.

# La vida solo tiene vueltas

Todos en Uruguay conocen o han oído hablar de la famosa batalla del Río de la Plata que terminó con el dramático hundimiento del barco de guerra alemán *Graf Spee*, donde pereció su capitán.

Siempre se dijo que la razón por la que la nave no fue reparada en Montevideo fue la presión que el gobierno británico ejerció sobre las autoridades uruguayas, quienes a su vez impidieron la reparación.

Según el artículo publicado en el diario *El País* del domingo 20 de diciembre de 2009, si bien esta presión existió y el gobierno uruguayo conminó al *Graf Spee* a abandonar el puerto en pocas horas, la verdad fue que los dueños del astillero que podía repararlo se negaron a hacerlo.

¿La razón?

Setenta años antes de que ocurriese este episodio, Alemania invadió Alsacia y en la pequeña localidad de Colmar —hoy territorio francés— el ejército alemán asesinó al abuelo de Alberto Voulminot, dueño del astillero.

Cuenta la historia que fue el primer muerto de esa masacre y que su hijo, Albert Adolf Voulminot Sutter, emigró, junto a otros familiares, al Río de la Plata donde fundó primero, un negocio cervecero en Buenos Aires y luego, el dique del que hablamos en Montevideo.

Su hijo, es decir, un nieto de la primera víctima de la invasión de Alsacia, fue el responsable, setenta años después, de una de las primeras y más resonadas derrotas del ejército alemán en la Segunda Guerra Mundial.

Dicen que al escuchar la explosión del hundimiento, Voulminot Sutter, que aún vivía aunque no estaba a cargo del dique, dijo algo así como: «las vueltas que tiene la vida».

Y así es.

Mi padre trabajaba en la Administración Nacional de Puertos.

No era infrecuente que, cuando atracaba algún barco de nacionalidad extranjera, se apareciese con alguna curiosidad que le había comprado a alguno de los marineros, que de esta forma se hacían de dinero rápido para sus juergas en la Ciudad Vieja.

De esa época conservo, aunque no funciona, un reloj ruso marca Poljot, que para aquel entonces era una rareza por su esfera negra y lo exiguo de su espesor.

En una oportunidad, apareció en casa con una caña de pescar de varios tramos que venía prolijamente arreglada en una cajita de madera de un metro y poco de largo, con varios extraños anzuelos forrados de hilos de colores. No recuerdo exactamente, pero apostarí que mi madre protestó y que lo rezongó por aquella extravagante compra.

En realidad, a nadie en mi casa le gustaba la pesca.

Esa caja durmió por decenas de años en la parte alta de la sección del medio del ropero del dormitorio de mis padres.

Luego que mis padres fallecieron, yo guardé la caña por años hasta que, un buen día, se la regalé a mi nieto Joaquín para que pescara alguna tararira o algún bagre en el tajar del campo donde vivía. Creo que nunca la usó.

Hace un mes atrás, después de insistirme por casi un año, mis amigos me convencieron para ir a pescar truchas con mosca a un lugar de ensueño en el sur argentino.

Al tercer día, regresados de la pesca y durante la charla del copetín previo a la cena, se me ocurrió preguntarle al guía de qué material se hacían las cañas para pesca con mosca cuando no existían el grafito o la fibra de vidrio con los que actualmente se construyen. «De madera de manzano» me respondió, «y otras, de bambú.»

Alguien del grupo comenzó a describir la laboriosa fabricación de las cañas hechas de bambú y la condición actual de antigüedad o reliquia de muchas de ellas.

Cuando mencionó que por la forma de construcción, la sección de los tramos de esas cañas es hexagonal, la imagen de mi padre, de la caja de madera, la cañita y los anzuelos me cayeron como la pieza faltante de un rompecabezas.

«Me parece que tengo una de esas reliquias en casa desde hace más de cincuenta años», dije, y ante las risas, el asombro de todos y la incredulidad de varios, les conté la historia. Agregué que no estaba seguro de dónde podía estar, ni si aún existía.

«No puede ser» me decían, «no puede ser que tuvieses todo este tiempo una de esas cañas y no supieses.»

Vuelto a Montevideo llamé a mi hijo Pablo para preguntarle por la caña. «Está en el campo, en el ropero de Joaquín», me contestó.

Pocos días después, fui por su casa en Minas y allí me esperaba una caña de bambú marca Crown para pesca con mosca de cinco tramos, fabricada en Japón, incluidas las mosquitas de colores.

Desconozco su valor exacto, pero algunas parecidas (aunque de menos tramos), se cotizan en Internet en varios miles de dólares.

En todo caso, le tomó cerca de medio siglo a la cañita recobrar la posibilidad de alcanzar el noble destino para el que fuera creada.

Si le hubiesen contado esta historia a Voulminot Sutter, seguro que hubiese dicho algo así como, «las vueltas que tiene la vida».

Y así es.

Acabo de dar fin a un riquísimo guiso de lentejas que mi hija Gabriela preparó hace cerca de un año, y que hasta hoy durmió en el fondo del freezer de mi casa.

Cuidadosamente guardado en su envase hermético de plástico, perdido entre la escarcha del helado recinto, lo descubrí buscando otra cosa, como un arqueólogo descubre un mamut en el hielo.

Saboreándolo, me preguntaba si, durante todo ese tiempo en el que pareció desaparecer del escenario de la vida, el sabroso guiso soñaría, como la caña de bambú, con alcanzar su noble destino o si, como el capitán del *Graf Spee*, hubiese preferido escapar de tan amargo epílogo.

En ese momento me vino a la mente esa versión popular y telúrica del karma que dice que a todo chanco le llega su San Martín, y pensé: «En realidad, no se trata de las vuel-

tas que tiene la vida, como decía Voulminot Sutter, sino que la vida solo tiene vueltas, por momentos visibles, por momentos invisibles».

Estemos hablando de un simple guiso, una caña de pescar o un acorazado de guerra, nada tiene principio ni final, solo nuestra mente necesita inventarlos.

Cada una de esas historias aparece y desaparece de nuestros ojos simulando ser nueva y de esa manera, en distintas partes del planeta, en distintas épocas, distintos seres humanos creemos aún en la originalidad del minúsculo trozo de sueño del que por momentos somos conscientes.

Todas ellas no son más que fragmentos de una única historia, que tiene un único espectador: Dios.

# Valentía



¿Qué es para usted ser valiente?  
preguntó al sabio su alumno.

Es mostrar todos los días,  
en este mundo demente,  
la fe, el coraje, la hombría  
de vivir virtuosamente.

# ¡Qué personaje!

Volvíamos con Lilian de la playa. Eran alrededor de las diez y media de una soleada mañana. Al llegar a la rambla y Avenida Brasil, el semáforo nos detiene.

Allí frecuentemente pide una colaboración un señor delgado, de unos cincuenta y tantos años, que dice ser sordomudo y que entrega, a los automovilistas que se detienen en el cruce, un papelito que tiene fotocopiado (o mimeografiado) un abecedario por señas. Lo singular del caso es que además del abecedario, el papelito tiene impreso la cantidad de dinero que este señor aspira que se le done. Hasta no hace mucho, la suma impresa era de diez pesos.

Yo ya había superado la molestia interior que esta imposición me causaba, y luego de recibir el papel le di los acostumbrados diez pesos.

En lugar de un gesto de agradecimiento, me golpea nuevamente la ventanilla y me señala, en uno de los papelitos que tenía en su mano, la cifra de veinte pesos impresa. Sin siquiera pensarlo, me negué a darle otros diez pesos.

Como de costumbre, se enojó y se alejó refunfuñando, quizás más molesto que yo.

«¡Qué personaje!», le comenté a Lilian que se sonrió.

Este comportamiento no obedece a un mal día, que cualquiera tiene en la vida. Como muchas veces detengo el auto a cierta distancia del semáforo y la cantidad de vehícu-

los que este hombre alcanza a visitar entre los cambios de luz es limitada, puedo ver, como si estuviese en una platea, que su malhumor y su enojo son la norma.

Como sucede en todos los cruces donde alguien pide unas monedas, mucha gente no desea colaborar o si lo hace, lo hace a voluntad y le da la cantidad que quiere, que tiene o que puede dar. En este caso no es así. Acá las reglas del juego son distintas, acá el que pide es el que dice cuánto hay que darle.

Lo más interesante de este sujeto es ese enojo que lo invade y los groseros gestos de desagrado que hace cuando los conductores deciden no darle dinero, o si lo que le dan no coincide con lo que dice el papelito, tal como sucedió en mi caso.

Por otra parte, si para evitar contribuir se le ocurriese a algún conductor mostrarle uno de los papelitos mencionados, a fin de hacerle saber que ya lo ayudaron anteriormente, permítanme asegurarles que esta táctica no les va a dar resultado por mucho tiempo. El personaje en cuestión cambia periódicamente el formato de la hojita o el tipo de dibujo, y de esa manera hace que la colaboración sea eterna, no importa cuántos abecedarios para sordomudos uno tenga en el auto.

La luz del semáforo cambió a verde y nos alejamos. Ese día, no pensé más en el asunto.

Un par de días después, releendo el libro *La paz interior* de Jacques Philippe llegué a un pasaje que dice:

Un pobre que pide limosna impacientemente y con violencia, no obtiene nada.

Si la pide con humildad, dulzura y afecto, conmueve a las personas a quienes les pide.

Vuestro principal empeño consistirá pues, en moderar los movimientos de vuestra alma y mantenerla sosegada delante de Dios, sumisa y humilde en su presencia.

Pedir con humildad, sin perder la paz, la ecuanimidad.

Suelo hacer anotaciones en los márgenes de los libros. Claramente se leía al lado de la primera frase, «el sordomudo de la rambla».

«¡Caramba!», me dije, «es claro que esta no es la primera vez que recibo este mensaje.» Aunque pedir humildemente no es una virtud que me adorne, no sentí en ese momento que aquello de pedir con ecuanimidad fuese para mí. Tal vez fuese para el personaje de la rambla, pero «seguro», pensé, «que no seré yo quien se lo haga llegar».

Entonces comencé a preguntarme:

¿Qué dice este aparentemente trivial episodio?, no del sordomudo, sino de mí.

¿Qué conducta estaba yo esperando de este hombre?

¿Estaba acaso esperando que me agradeciera en lugar de dar sin esperar nada a cambio?

¿Me sirve su aparente mala conducta como excusa para que el avaro que llevo dentro justifique no dar en el futuro?

¿Debo ayudar solo a los que se portan bien o de la forma que yo espero?

¿Es correcto que reaccione de la misma manera que él y también me enoje?

Por último:

¿No será que el mensaje que la vida me está dando es que es hora de que me esmere más en generosidad?

¿No será que, tal como me sugirió mi amigo el sordomudo con su nuevo e inflacionario papelito, es tiempo de duplicar mis esfuerzos por ayudar a otros?

En tal caso, nunca está de más recordar cómo debo proceder:

El que da debería agradecerle al que recibe porque es el que se beneficia. El servicio es camino de una sola vía, se da por dar, sin expectativas. Cada vez que uno espera algo por sus esfuerzos, atenta contra su paz mental. Si uno hace algo como servicio, el que recibe no debe sentirse obligado.

Ni siquiera miren su cara esperando ver una sonrisa, o un gesto de agradecimiento o de aprecio.

Swami Satchidananda

# La infidelidad no existe

Venía sentado en un ómnibus de transporte interdepartamental y escuchaba a dos señoras que, en el asiento detrás del mío, criticaban encarnizadamente a alguien conocido por una supuesta infidelidad.

La conversación me quedó dando vueltas en la cabeza, no tanto por el contenido, sino por la vehemencia de la crítica, el tono de certeza con el que manejaban lo que claramente eran suposiciones y, en especial, por la postura de superioridad moral que asumían.

«Si fuesen juezas» pensé, «este fulano estaría condenado antes de emitir una sola palabra.»

Acto seguido me dije: «¿Qué haría si yo fuese el abogado defensor para ayudar a este sujeto y no caer en la cursilería de los lugares comunes a los que solemos recurrir en estos casos?» «Bueno» pensé, «les diría: Señoras, la infidelidad no existe.»

Cuando sus caras esbozaran un gesto de sorpresa ante tal afirmación, continuaría diciendo: «Cuando uno está dormido y el ego domina la escena, la infidelidad no existe porque no se puede ser fiel más que a sí mismo, y por tanto, tratar siempre y ante todo de satisfacer sus propios intereses».

Bajo estas circunstancias, la infidelidad para con los otros es la regla.

La historia del mundo es la historia de las grandes traiciones; las pequeñas no cuentan por su infinita abundancia.

Permítanme decirles que esto seguirá así mientras lo único que le interese a los seres humanos sea el *yo* y lo *mío*, se trate esto de mi placer, mi familia, mi casa, mi auto, mi país o mis ideales.

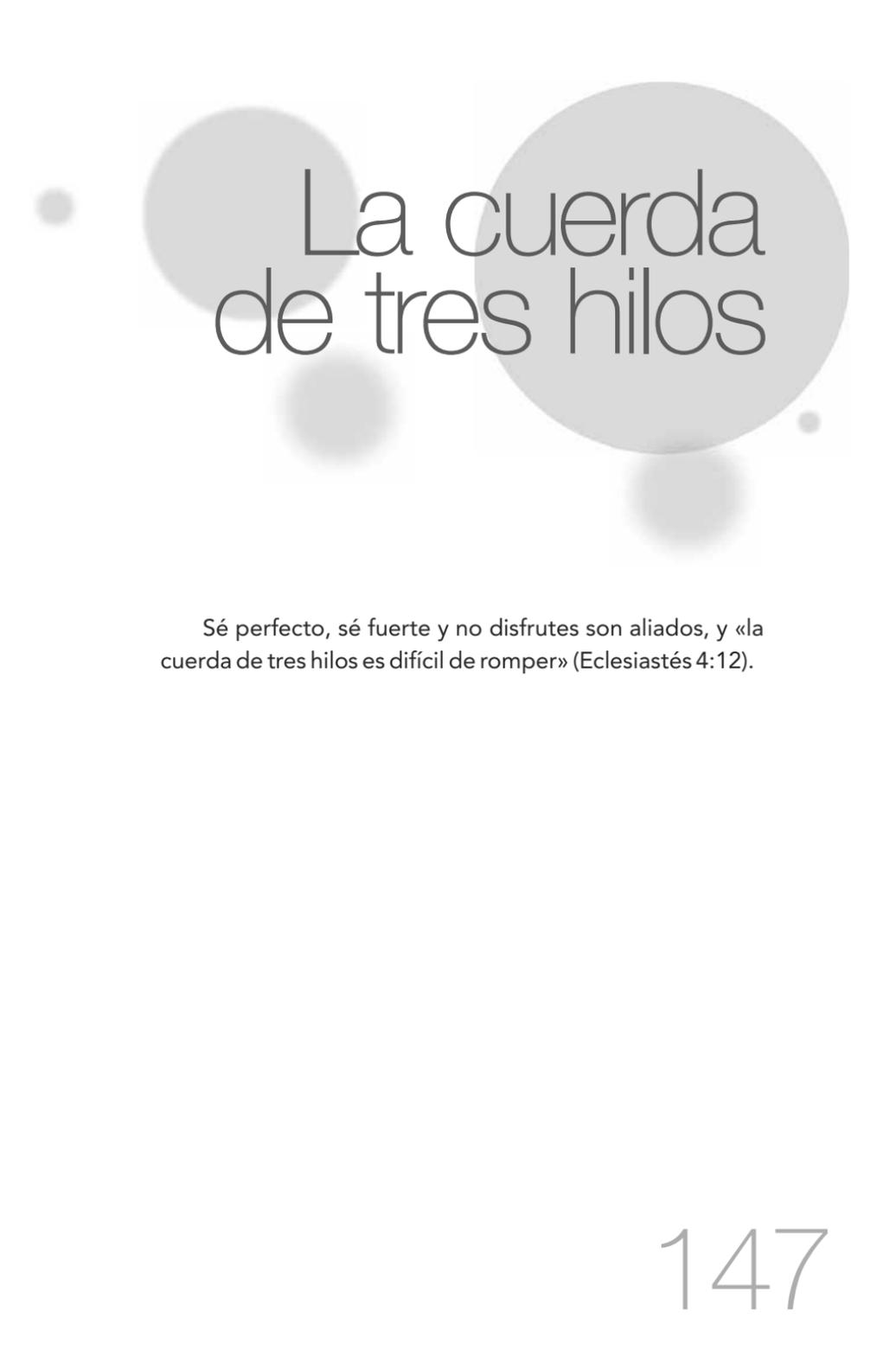
Los que no traicionan en estas circunstancias son dignos de mérito y algunos, hasta de monumentos recordatorios.

Ahora bien, cuando uno está despierto, la infidelidad tampoco existe porque los comportamientos morales o éticos no son una opción, son los únicos posibles.

Ser fiel cuando el deseo, el odio y la ignorancia han desaparecido de la escena, no tiene nada de meritorio, es la regla.

Cuando uno es fiel a la vida, no puede ser infiel a nada.

No sé si con esto las convencería, pero al menos estoy seguro que las dejaría confusas.



# La cuerda de tres hilos

Sé perfecto, sé fuerte y no disfrutes son aliados, y «la cuerda de tres hilos es difícil de romper» (Eclesiastés 4:12).



# Yo soy el fariseo

Como cierre de una de mis últimas charlas, decidí leer un pasaje bíblico que a mi entender era archiconocido, la parábola del sembrador.

Les dije a los asistentes que, salvando las distancias, consideraba mi propia presentación como una semilla y que dependiendo del lugar en el que cayese, crecería y daría frutos, o no.

Al finalizar, varias personas se acercaron como habitualmente para hacerme comentarios y saludar. Entre ellas, una señora me preguntó cuál era el libro de donde había leído el relato. Aunque en el momento disimulé lo mejor que pude mi pensamiento, antes de que sucediese lo que voy a relatarles, esa pregunta motivó mi comentario a tres personas en diferentes días, criticando el hecho: «¡Qué increíble! Cómo alguien puede quizás llamarse a sí misma cristiana y no reconocer una de las más importantes parábolas evangélicas», comenté básicamente en esas oportunidades.

Me estaba cepillando los dientes después de almorzar.

Lejos de mí estaba el recordar, pensar y menos razonar sobre el episodio o mi conducta posterior cuando, de pronto, desperté. Tan solo puedo decir que de la nada, mi alma le mostró algo a mi mente que dejó a mi cuerpo inmóvil.

Con el brazo quieto y el cepillo aún en mi boca me dije:  
«¡Yo soy el fariseo!», y recordé que:

A unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo y el otro, publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, diezmo de todo lo que gano". Pero el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "Dios, sé propicio a mí, pecador". Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro, porque cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido».

Lucas 18: 9-14

Ahí estaba yo mirándome en el espejo, avergonzado.

Su pecado, la ignorancia.

El mío, la arrogancia.

Mil veces mayor

en gravedad e importancia.

Unos instantes después me sonreí y agradecí. Aunque ya sabía que la soberbia es el más grave de los pecados y que el orgullo espiritual es aún peor, me quedó claro una vez más que:

«Si uno sabe y no actúa en consecuencia, sabe imperfectamente».

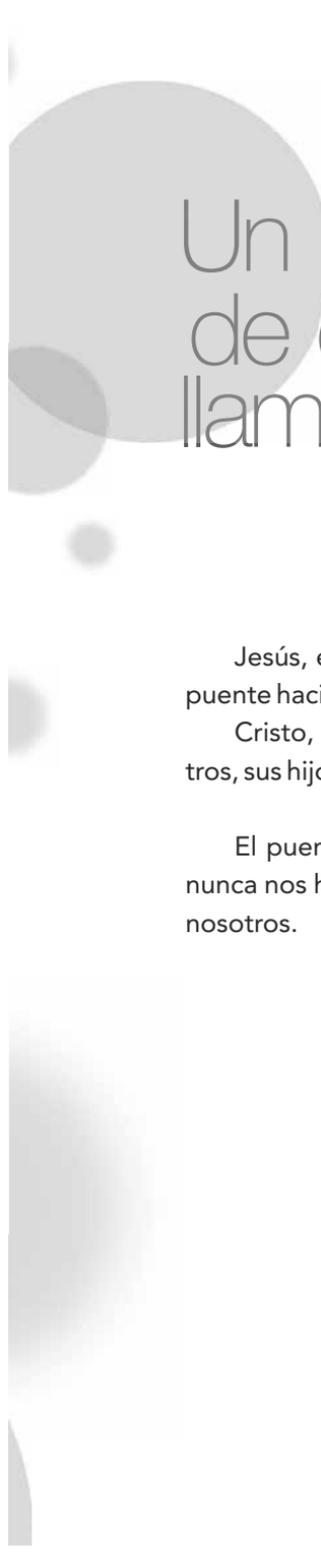
Jean-Marie Guyau

No hay como un buen tropezón para volverse a ubicar, y una buena humillación para ganar en humildad.

Aunque a esta altura ya no aspiro a no tener más revoluciones, si sigo a este ritmo me parece que dentro de poco voy a quedar, como decía mi abuelo, «más golpeado que rodilla de zapatero».

«Dios ama a los humildes y resiste a los soberbios.»

Pedro 5:5



# Un puente de doble vía llamado Jesucristo

Jesús, el hombre, es para nosotros, sus hermanos, un puente hacia Dios.

Cristo, el Mesías, es para Dios un puente hacia nosotros, sus hijos.

El puente conduce a un tiempo y a un lugar del que nunca nos hemos movido porque el Reino de Dios está en nosotros.



# ¿Vamos a ver qué hace este ahora?

En la pasada reunión del grupo de los martes, uno de los integrantes comentó que como él es ingeniero, siempre le gustó planificar su vida, ponerse metas y objetivos a cumplir.

Decía que a sus 45 años se sentía satisfecho porque esas metas se habían cumplido. A su vez, imaginaba que alguien allá arriba —al tiempo que señalaba al cielo— había consentido para que así sucediese y que seguramente se estaría preguntando: ¿Vamos a ver qué hace este ahora?

Otro de los integrantes del grupo hizo una reflexión acerca de la importancia de darse un tiempo para disfrutar de los logros, y aunque el comentario venía al caso, porque hay muchos que mueren sin disfrutar nada de lo que les ha costado toda la vida conseguir, no era la idea a la que el primero apuntaba.

«No se trata de eso» dijo, «se trata de que ahora que tengo lo que quería, me parece que ese alguien está esperando a ver de qué manera voy a disponer mi vida. Ahora, que por la condición que he alcanzado puedo elegir, la pregunta es: ¿Voy a continuar en el mismo camino, voy a ponerme nuevas metas y objetivos más altos, a seguir luchando

para obtener más poder o bienes materiales? o ¿voy a comenzar una vida diferente?

Creí comprenderlo de inmediato, aunque aún no había explicado su versión de una vida diferente.

Lo primero que me vino a la cabeza fue el relato del libro *El día que desperté dos veces* que se llama «Es un pecado y una estupidez», que por su brevedad incluyo a continuación.

Un querido amigo me dijo un día: le agradezco a la vida que me haya dado las condiciones para que si la cajera de un supermercado se equivoca y me da dinero de más en el cambio, yo no dude en devolverlo.

En realidad —concluimos juntos más de una vez—, si una persona con dificultades económicas no devuelve el cambio equivocado, es un pecado, pero si alguno de nosotros no lo hace, es un pecado y... una estupidez.

Muchas personas nacen, viven y mueren dormidas.

Despiertan cada día del sueño de la noche, pero nunca despiertan del sueño del día. Su vida transcurre representando personajes y mueren en uno de ellos.

Hay otro grupo de personas que vaya a saber por qué, recibimos un don del cielo. Un buen día, despertamos más de una vez y vimos la realidad tal cual es.

Muchos en este grupo, somos dignos de compasión.

Dios nos dio la sensibilidad necesaria y el privilegio de mostrarnos el camino y después no nos animamos.

Apego, búsqueda de seguridad, deseo de continuidad o como queramos llamarle, nos ata a una vida que nuestro intelecto, pero sobre todo nuestra alma, nos dice que está equivocada.

Nos damos todo tipo de excusas y hasta sonamos creíbles, pero en el fondo lo que nos ata es miedo.

Miedo a perder lo que tenemos, miedo a lo desconocido, a salir de las trincheras, a confiar en lo que el corazón nos dice, miedo a lo que sea, pero miedo al fin.

Por cobardía, bastardeamos con explicaciones racionales el don que nos fue conferido y nos volvemos a meter, una y otra vez, en el dramático y ahora deslucido circo de la vida.

Sin la ceguera necesaria para trabajar de trapecista, ya nada es igual.

Vivimos en la incongruencia, quebrando el alma diariamente.

Parafraseando conclusiones: si alguien del primer grupo desperdicia su vida corriendo tras posesiones, poder, fama y otros espejos de colores, es un pecado.

Si alguno del segundo lo hace, es un pecado y... una estupidez.

En ese momento les conté este relato como lo recordaba porque no tenía el texto original, y es probable que me haya comido detalles.

De lo que no tuve ni tengo dudas es de su vigencia y de lo ajustado al caso.

# Mi versión del Padrenuestro

Padre que estás en mí y yo en ti,  
ayúdame a aceptar tu voluntad  
en lo próspero y en lo adverso.  
Dame el pan de cada día,  
en el que te recordaré agradecido.  
Permite que reconozca mis miserias y mis ofensas  
para que pueda comprender y perdonar  
las miserias y las ofensas de los otros.  
No me dejes caer en el sueño,  
líbrame de ese mal.  
Amén.

# Vivir a Dios

Estábamos cenando en la hostería donde nos hospedábamos en el Parque de los Alerces, República Argentina.

Todos los integrantes del grupo que participaban de esta ronda de *Mindful Fishing* estaban, como de costumbre, contando alborozados sus experiencias de pesca de la tarde que acababa de finalizar.

En esta oportunidad, sin embargo, les pedí a todos que compartieran la cena en silencio, que comieran lentamente, prestando atención y degustando cada bocado y cada sorbo de vino, siendo conscientes del lugar donde nos encontrábamos, de la variedad y calidad del alimento que teníamos en la mesa, y agradeciendo las bendiciones de las que éramos objeto.

«En realidad, no hay nada más» les agregué, «a esto se reduce la verdadera vida».

Terminamos de cenar y uno de los integrantes del grupo salió en busca de su MP3 para hacernos escuchar una canción.

Yo no conocía la canción ni al autor, tampoco sus antecedentes artísticos, lo que no es realmente un mérito visto que se trataba de un muy famoso músico brasileño, al que la gran mayoría del grupo había escuchado.

La canción se titula *Num dia* y su autor es Arnaldo Antunes.  
Traducida al español la lírica dice más o menos así:

Ensuciarse el pie de arena  
para después lavarlo en el agua.  
Lavar el pie en el agua  
para después ensuciarlo de arena.  
Esperar que la luciérnaga prenda otra vez,  
mirar la ola más distante, por detrás de la ola más próxima.

Respirar.  
Sentir el sabor de lo que se come.  
Caminar.  
Si llueve, mojarse.  
No esperar que nada acontezca.  
Ser gentil con cualquier persona.

Tener *saudade* al final de la tarde  
para cuando oscurezca, olvidar.  
Y al acostarse para dormir, dormir dormir.

«Perfecto, de eso se trata», exclamé mientras agradecía el aporte.

Como dice el maestro Rinzai, «el verdadero milagro no es caminar sobre las aguas, es caminar sobre la tierra»; son las cosas ordinarias transformadas en extraordinarias.

«La pesca de la trucha», les dije, «se transformará en tan solo un recuerdo en poco tiempo; la belleza y profundidad de las cosas corrientes como comer, estarán disponibles a diario.»

Luego pensé que todo el tiempo hay gente hablando de Dios sin que siquiera nos demos cuenta.

Comerciales, películas, poemas y canciones hablan de Él y, como en este caso, nos señalan que a Dios hay que vivirlo en la vida cotidiana y no solo en los templos, las ceremonias y rituales. Nadie necesita moverse un milímetro ni ir a ninguna parte para orar. Adorar a Dios es cualquier cosa que hagamos estando despiertos, conscientes, prestando atención.

Orar es caminar, comer, mojarse bajo la lluvia, ensuciarse los pies con arena o respirar.

Vivir a Dios no es cuestión de fe, es un tema de práctica.

En aquella mesa, aquella noche, todos estábamos orando, viviendo a Dios como a Él le gusta. Todos éramos religiosos.

# Índice

Agradecimientos.....	3
Dedicatoria.....	4
Prólogo.....	5
Catador de vida.....	8
A mí no me importa el qué dirán.....	11
Cuando estamos todos juntos.....	14
Ya quiero vivir en paz.....	16
¿Qué más da?.....	17
La única elección posible.....	18
Yo prefiero los pegotines.....	20
¿Qué soy?.....	23
El precio de la libertad.....	24
Igual que en casa.....	27
Nunca es tarde.....	29
Apostolado.....	32
¿Pequeño a los ojos de quién?.....	33
Con los ojos que ahora te veo.....	37
No sé qué es peor.....	38
El camino del medio.....	40
Instrumento.....	41
Un latido.....	44
Amigos intocables.....	45
Cuando estoy sufriendo.....	50
Astuta mente.....	51
Más claro, échele agua.....	53
¿Qué dilema!, ¿no?.....	55
Algo que he descubierto recientemente, pero que es muy viejo.....	56
Tené cuidado con lo que preguntás.....	59
Justicia divina.....	63
Pescar ubica.....	64
Tranquilo nomás.....	65
La vida y Dios.....	68
Maestro, que yo vea.....	69
Salude con compasión.....	73
Trigo y cizaña.....	74
¿Machista, yo?.....	78

Qué haría yo sin ellos.....	79
Unas amigas inseparables.....	82
Mejor ser minucioso que tratar de ser perfecto.....	83
El relojito suizo.....	85
A mi ego le encantan los ingenuos.....	88
Un día de m... ..	89
Somos los dueños de un tesoro.....	92
Muchas veces tengo miedo.....	93
¿Querés que te dé un estatequieta?.....	94
Alcanza y sobra.....	96
El origen de la fe.....	98
El carnaval de la vida.....	99
Pocas pero claras.....	101
¿Qué sugerencia me haría al respecto?.....	104
Nada ni nadie pudo detenerme.....	107
Los últimos serán los primeros.....	109
El Tao del automovilismo.....	112
Como de costumbre.....	113
La caldera y el reverbero mágicos.....	117
«Nada que hacer, ningún lugar a donde ir».....	118
De acá no se va nadie.....	122
Con la boca, con la mente, con el corazón.....	123
El pequeño piojoso que todos llevamos dentro.....	127
Mi abuela Orfilia aún vive.....	129
Dios encarna a su antojo.....	132
Intacto.....	134
La vida solo tiene vueltas.....	135
Valentía.....	140
¡Qué personaje!.....	141
La infidelidad no existe.....	145
La cuerda de tres hilos.....	147
Yo soy el fariseo.....	148
Un puente de doble vía llamado Jesucristo.....	151
¿Vamos a ver qué hace este ahora?.....	152
Mi versión del Padrenuestro.....	155
Vivir a Dios.....	156